

**antología
de teatro
latinoamericano
(1950 - 2007)**

TOMO II

autores: Lola Proaño Gómez - Gustavo Geirola

Proaño, Lola

Antología de teatro latinoamericano / Lola Proaño y Gustavo Geirola ; ilustrado por Oscar Ortiz. - 1a ed. - Buenos Aires : Inst. Nacional del Teatro, 2010.
v. 1, 646 p. ; 22x15 cm. - (Estudios teatrales)

ISBN 978-987-9433-81-2

1. Teatro Latinoamericano. I. Geirola, Gustavo II. Ortiz, Oscar, ilus. III. Título
CDD Ha862

Fecha de catalogación: 29/04/2010

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta n° 165/07

CONSEJO EDITORIAL

- > Beatriz Lábatte
- > Gladis Contreras
- > Alicia Tealdi
- > Mónica Leal
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Adys González de la Rosa (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño y diagramación*)
- > Oscar Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)
- > Phantomas Studio. Brian Atkinson (*Postproducción de Video y Masterización DVD*)
- > Guillo Espel (*Autor - Música original DVD*)
- > Graciela E. Rodríguez (*Coordinación*)

© INTeatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN: 978-987-9433-81-2

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Reservados todos los derechos

Impreso en Buenos Aires, junio de 2010

Primera edición: 3500 ejemplares

La meta de esta *Antología de Teatro Latinoamericano en un acto (1950-2007)* –originalmente auspiciada por una beca del National Endowment for the Humanities (NEH) en Estados Unidos y recibida con entusiasmo para su publicación por el Instituto Nacional del Teatro de la República Argentina (INT)– es presentar obras breves producidas durante ese tiempo en la región, acompañándolas de introducciones histórico-culturales de cada país en el período considerado y de biografías de cada uno de los autores. A los efectos de incorporar el componente audiovisual, cada uno de los tres tomos de la *Antología* incluye un DVD con fotos y clips de videos de algunas puestas en escena de las obras.

El trabajo que hemos realizado ha sido lento y difícil dado que la mayoría de los textos no son accesibles en las bibliotecas de Estados Unidos. Nuestra primera dificultad fue la necesidad de seleccionar autores y cerciorarnos de que tuvieran obras breves. Al respecto, la posibilidad de leer obras en formato electrónico, provistas por los autores o instituciones que tienen portales dedicados a ello, fue de gran ayuda. Otra dificultad a sortear fue que no todos los autores que queríamos incorporar tenían obras breves que calzaran dentro del criterio de la *Antología* que pone el énfasis en la relación de la producción dramática con el contexto histórico de los países. Por eso, algunos autores más jóvenes que no tenían obras en un acto o cuya producción no se ajustaba al criterio de la antología, no pudieron ser incluidos y algunos autores ya canonizados aparecen representados con obras más recientes. Además, nuestro interés fue, en lo posible, poner textos no publicados, lo que dio cabida a otras sugerencias. No se nos escapa que toda antología es, en cierto modo, parte de un proceso de formación de canon, lo cual nos ha obligado a ser muy cuidadosos en la selección de autores y textos. Tuvimos, pues, que realizar un balance muy difícil entre textos que nos parecían infaltables en una *Antología* de este tipo y la tentación de incluir obras no canonizadas o no publicadas hasta el momento. Finalmente, también decidimos incorporar textos escritos por autores más recientes –no necesariamente de la última generación– cuya producción no se localizaba en los centros capitalinos.

La diversidad cultural de casi todos los países que conocemos como formando parte de ese territorio que designamos como América Latina es tan amplia y compleja que, en cierto modo, nos obligó a ceder frente a muchos de nuestros propios principios políticos y culturales. En primer lugar, no fue posible incorporar todos los países; este fue el caso especialmente de Centroamérica y el Caribe. En segundo lugar, no pudimos evitar centrarnos en la figura del autor dramático, de

modo que mucho material teatral de creación colectiva (de sala, popular o comunitario), así como algunos géneros y subgéneros (teatro infantil, musical, teatro de títeres, etc.) tuvo que ser descartado. En tercer lugar, aunque temáticamente hemos tratado de incluir obras con la representación del mundo indígena o afro, nos fue imposible incorporar obras en diversas lenguas o en lenguas indígenas. Brasil aparece representado con dos obras, una de ellas en portugués.

El lector difícilmente podrá hacerse una idea de las dificultades que tuvimos que sortear, no solo para conseguir las obras, sino también para localizar a los autores a fin de solicitarles los materiales audiovisuales y, eventualmente, su permiso de publicación.

Nuestra concepción del teatro como un hecho no solamente verbal, nos imponía dar algún testimonio de un teatro no basado en el texto dramático. Es así que, por ejemplo, el lector encontrará en el DVD una obra de Paraguay, dirigida por Tana Schémbori, premio nacional de su país, que no tiene texto verbal, por ello, en el libro, Schémbori cuenta el proceso de creación de dicha obra. Algo similar ocurrió con Ricardo Bartís, ante nuestro deseo de respetar su no suscripción al texto dramático impreso. La incorporación de materiales audiovisuales incrementó el trabajo y el desafío. Cuando contamos con imágenes, no siempre nos fue posible localizar a los responsables de la filmación o la ficha técnica de la puesta que nos diera datos sobre el elenco, el espacio, el director, etc. Sin embargo, creemos que los materiales audiovisuales incorporados a nuestro proyecto son una contribución fundamental para promover en América Latina la conciencia sobre la necesidad de conservar archivos organizados, cosa que ocurre en muy pocos países de la región.

Nuestros colaboradores, la mayoría de ellos trabajando en sus respectivos países –muy pocos son los que residen en Estados Unidos– y que tuvieron a cargo los panoramas histórico-culturales y las biografías de los autores, han realizado un trabajo estupendo, no solo en la difícil tarea de detallar en pocas páginas los rasgos más sobresalientes de la historia reciente de sus países, sino en la recolección de todo lo que se ofrece en DVD en este proyecto. A ellos, todo nuestro agradecimiento.

En lo posible, hemos tratado de incluir obras y montajes que demostraran el amplio espectro de temas y cuestiones, estilos y propuestas estéticas que convergen en la dramaturgia latinoamericana actual. Como se comprende fácilmente, no se podía incluir ni la enorme cantidad de autores que hay en cada país ni tampoco la gran variedad de obras de alta calidad. Una antología es, justamente, un desgarrante proceso de exclusión e inclusión en el que intervienen muchos factores, a veces azarosos e imprevisibles, otros determinantes.

Finalmente, una reflexión técnica, a manera de advertencia. A medida que nos acercamos al final del siglo XX y principio del siglo XXI, vemos que para muchos dramaturgos —que también, en general, son los que dirigen sus propias obras— el formato más clásico o tradicional de escritura dramática no parece ya ser suficiente para expresar su visión estética. Es así que el lector se enfrentará a textos que no pueden leerse como se acostumbraba en la dramaturgia más convencional. Hemos así procedido a uniformar la presentación de las obras en la medida de lo posible, pero en muchos casos —aún arriesgando un poco la consistencia de la *Antología*— respetamos la diagramación realizada por el autor.

Hemos de agradecer muy enfáticamente al NEH, al INT, y a todos aquellos amigos, amantes del teatro, investigadores, directores, actores y autores que con su generosidad hicieron posible esta recolección. Lamentamos la imposibilidad de nombrarlos a todos y cada uno, pues la lista sería interminable. A ellos, sin cuyo tiempo, interés y dedicación esta idea no hubiera podido convertirse en realidad, muchas gracias.

Esperamos que esta *Antología* sirva para dar a conocer la riqueza y variedad del teatro latinoamericano desde la mitad del siglo XX hasta hoy y no solo para el lector interesado, ni tampoco exclusivamente para los profesores e investigadores enfocados en dicho teatro, sino incluso para promover un conocimiento y a la vez un diálogo secreto entre los autores y teatristas de cada país, quienes muchas veces se desconocen entre sí. Esperamos también que la *Antología* promueva el deseo del lector —y de los teatristas en general— de explorar más detenidamente un país o una serie de autores, o de montar en su país la obra de un colega alejado de su región. Si esto ocurre alguna vez, nuestro esfuerzo se verá ampliamente recompensado.

Lola Proaño Gómez
Pasadena City College

Gustavo Geirola
Whittier College

Cuba

Nara Mansur y Habey Hechavarría Prado
Revista *Conjunto* / Instituto Superior de Arte, La Habana.

En 1950 es presidente de Cuba Carlos Prío Socarrás, un gobierno democrático-burgués en el que se advertía, como en el anterior de Grau San Martín, una gran corrupción administrativa. Años antes había aparecido un partido opositor al Partido Auténtico, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) que, liderado por Eduardo Chibás, era el que gobernaba con el objetivo fundamental de introducir la honestidad en el gobierno y la vida pública nacional. Chibás, tras no poder probar el robo de un ministro, se suicida en 1951, dejando un vacío enorme de liderazgo. En marzo de 1952 Fulgencio Batista, ex militar, da un nuevo golpe de estado y sube al poder sin el apoyo popular pero respaldado por las fuerzas armadas. Fue un gobierno muy marcado por el robo, que deshecha la Constitución de 1940, instaura un gobierno de facto y clausura el Parlamento.

En 1953 un joven abogado llamado Fidel Castro, miembro de la Juventud Ortodoxa, que iba a ser aspirante a representante en la Cámara, en las elecciones que Batista frustra, encabeza el asalto al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba. El asalto fracasa y mueren muchos de los que asaltaron el cuartel. En el juicio a los sobrevivientes Fidel pronuncia su alegato conocido como “La Historia me absolverá”, en el que enuncia una serie de problemas a encarar por un posible gobierno democrático: el asunto de la tierra, la educación, la honestidad administrativa y la industrialización. Sale de prisión un año después (no se cumple la sentencia de quince años a que había sido condenado); y viaja a México donde organiza una expedición con ochenta y dos hombres que desembarcan por las costas del sur de Oriente en 1956. Fidel Castro, al frente de la lucha armada, se convertirá en el líder más importante de la oposición, al no permitir Batista ningún tipo de acción legal pacífica. Los doce sobrevivientes del desembarco del Granma se internan en la Sierra Maestra y desde allí se dirige el movimiento revolucionario antibatistiano. Este comprendía otras organizaciones como el Directorio Revolucionario, integrado en su mayoría por estudiantes de la Universidad de La Habana, la Federación Estudiantil Universitaria, el Partido Socialista Popular, los líderes sindicales de la Central de Trabajadores de Cuba, etc.

Mientras tanto entre 1953 y 1958 se estrenan cuarenta y seis obras de teatro cubanas, la mayoría de un acto. En 1956 deja de publicarse la revista *Orígenes*, que funda José Lezama Lima en 1944. Al año siguiente sale a la luz *Ciclón*, de José

Rodríguez Feo y Virgilio Piñera. A partir de 1954 los grupos y asociaciones trazan una nueva perspectiva: nace la época de las salitas o teatros de bolsillo y las funciones se hacen de manera continuada. Grupos como el Patronato, Prometeo, Arlequín, Las Máscaras, Hubert de Blanck, El Sótano, Arena y Atelier se convierten en pequeñas empresas. La sección teatral de la Sociedad Nuestro Tiempo cobija un curso sobre Stanislavski que imparte el mexicano José Gelada, discípulo de Seki Sano. En febrero de 1958 Vicente y Raquel Revuelta junto a seis teatristas fundan Teatro Estudio, con el objetivo de analizar las condiciones culturales y sociales, perfeccionar la técnica de actuación y fomentar un verdadero teatro nacional.

El 1 de enero de 1959 triunfa la Revolución Cubana, Batista había huido la noche antes a Estados Unidos. Las medidas tomadas desde el inicio de la Revolución: la Ley de Reforma Agraria y las nacionalizaciones, perjudican gravemente los intereses de las transnacionales norteamericanas. En 1959 se crean el Instituto del Arte y la Industria Cinematográficos (ICAIC) y la Casa de las Américas. Se lleva a cabo la Campaña de Alfabetización y se funda el periódico *Revolución* y su suplemento artístico-literario *Lunes*, dirigido por Guillermo Cabrera Infante, que se publica hasta 1961. Teatro Estudio pone por primera vez en escena un texto de Brecht: *El alma buena de Se-Chuan*. Ese año se representan cuarenta y ocho obras cubanas. En 1960 Carlos Felipe termina de escribir *Réquiem por Yarini*, estrenada por Gilda Hernández en el 65. Se entrega por primera vez el Premio Casa de las Américas a Jorge Enrique Adoum, Andrés Lizarraga y Ezequiel Martínez Estrada. Viajaron a Cuba como jurados Miguel Ángel Asturias, Carlos Fuentes, Miguel Otero Silva y Roger Callois, y entre los cubanos estaban Alejo Carpentier, Virgilio Piñera, Nicolás Guillén, Jorge Mañach y Eduardo Manet. En 1961 Abelardo Estorino escribe *El robo del cochino* y tres años más tarde *La casa vieja*. Se crean nuevos grupos como el Rita Montaner, el Conjunto Dramático Nacional, el Taller Dramático y La Rueda. En 1961 se crea el Consejo Nacional de Cultura. Virgilio Piñera estrena en 1962 *Aire frío* (1958), dirigida por Humberto Arenal.

Enero de 1961 marca la ruptura de relaciones de Cuba y los Estados Unidos, el gobierno norteamericano aumenta el bloqueo económico al suspender la compra de la cuota azucarera. Casi sin comprador, Cuba encontrará un nuevo mercado en la URSS y la Europa socialista. En abril de ese año se declara el carácter socialista de la Revolución Cubana. Días después, mercenarios al servicio de la CIA y el gobierno de los Estados Unidos desembarcan por Bahía de Cochinos con el objetivo de establecer un gobierno provisional. La invasión es derrotada en setenta y dos horas y los invasores canjeados por alimentos y medicinas. En octubre del 62 se produce la crisis de los misiles como consecuencia de la instalación de ojivas

nucleares por parte del gobierno soviético en suelo cubano. Estados Unidos y la Unión Soviética parlamentan y deciden levantar estos misiles sin consultar con el gobierno cubano.

El mundo teatral y cultural cubano sigue activo. En el Seminario de Dramaturgia del Teatro Nacional (1961), que dirigen Osvaldo Dragún y Luisa Josefina Hernández, estudian Héctor Quintero, Nicolás Dorr, Eugenio Hernández Espinosa, Ignacio Gutiérrez, Maité Vera, José Milián, Tomás González y Gloria Parrado. Ese año se funda la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

La Escuela para Instructores de Arte gradúa su primera promoción en 1963. Otros textos cubanos estrenados y significativos fueron: *El mayor general hablará de Teogonía*, de José Triana; *La repetición*, de Antón Arrufat y *Santa Camila de La Habana Vieja*, de José Ramón Brene. Entre 1965 y 1972 el grupo Jorge Anckermann hace intentos por resucitar la escena bufa con intérpretes de la talla de Candita Quintana y Carlos Pous, a partir de los libretos de Eduardo Robreño y Enrique Núñez Rodríguez. Entre 1961 y 1966 la Casa de las Américas organiza los Festivales de Teatro Latinoamericano, que auspician el montaje de teatro latinoamericano por grupos cubanos: se ponen obras de Dragún, Rengifo, Días Gómez, Aguirre, Buenaventura. En 1965 José Triana obtiene el Premio Casa de las Américas por su obra *La noche de los asesinos*, que Vicente Revuelta dirige y con el que realiza una gira por Europa. En 1968 doce actores dirigidos por Sergio Corrieri deciden irse a la región montañosa del Escambray y fundan Teatro Escambray.

En 1969, “Año del esfuerzo decisivo”, se convoca a una gran zafra azucarera planificada en diez millones de toneladas. La zafra del 70 fracasa, a pesar de lo cual sigue siendo la más productiva de nuestra historia (se alcanzaron ocho millones aproximadamente). En los setenta se refuerzan las relaciones con los países socialistas, Cuba entra en el CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica). Algunos escritores son proscritos y pasan años sin publicar a partir del “caso Padilla”. En 1971 se celebra el Congreso de Educación y Cultura en el que Fidel pronuncia las conocidas “Palabras a los intelectuales” en las que expresó: “dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”. Se crean dos grandes fuerzas: una que tiene un sentido amplio de la cultura, tolerante, abierta, y otra fuerza más dogmática.

Entre los años 1968 y 1971 la llamada ofensiva revolucionaria pone fin a las empresas privadas en Cuba (en La Habana había más de ochocientos bares privados). Se cierra la publicación cultural-filosófica *Pensamiento crítico* y termina la primera época del periódico *Caimán Barbudo*. Escritores como José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Eduardo Heras León (*Los pasos en la hierba*); y Antón Arrufat (*Los siete contra Tebas*) dejan de publicar y su teatro no es representado. Son

los años de la parametración y la UMAP (Unidad Militar de Ayuda a la Producción). A fines de la década se producen los primeros vínculos con los cubanos de la emigración. Muchos viajan a Cuba (un chiste decía: los “gusanos” se convierten en mariposas), entre ellos, los Maceítos, y algunos artistas como Ana Mendieta y Lourdes Casal.

En los años setenta los grupos de teatro profesional representan doscientas obras cubanas. Se estrenan entre otras: *Adriana en dos tiempos*, de Freddy Artiles; *Llévame a la pelota*, de Ignacio Gutiérrez; *Los profanadores*, de Gerardo Fullea; y *Andoba*, de Abraham Rodríguez. En la escena se discute la doble moral y la confrontación entre lo nuevo y lo viejo.

En 1976 grupos contrarrevolucionarios sabotean un avión de Cubana de Aviación con setenta y seis pasajeros a bordo, proveniente de Barbados. En el año 80 se produce un gran éxodo hacia Estados Unidos desde el puerto de Mariel, al norte de La Habana. Desde los inicios de la Revolución, Estados Unidos venía tutelando las salidas del país y brindando ofertas y prioridades a los exiliados cubanos, lo que después legaliza como Ley de Ajuste Cubano. La burguesía cubana que emigra en 1959 nunca se levantó contra la Revolución sino que depositó en Estados Unidos el liderazgo de esta postura. Era la primera vez en la historia de los Estados Unidos que una burguesía inmigraba casi en su totalidad.

Aumenta el intercambio cultural de Cuba con el mundo a partir de algunos eventos artísticos como el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, el Festival Internacional de Ballet, la Bienal de La Habana, el Festival Internacional de Guitarra, el Festival de Jazz y la Feria del Libro. El desarrollo y extensión de la cultura se estimula con la aparición de nuevos artistas, egresados de las escuelas de arte (Escuela Nacional de Arte e Instituto Superior de Arte).

En 1980 se crea el Festival de Teatro de La Habana (con ediciones sucesivas en 1982, 84, 87, 91, 93, 95, 99, 01, 03, 05 y 07), y en esa década se estrenan *Molinos de viento*, de Rafael González, dirección de Carlos Pérez Peña con el Escambray; Flora Lauten dirige *Lila la mariposa*, de Rolando Ferrer; Nelson Dorr, *La casa colonial*, de Nicolás Dorr; y Abelardo Estorino su *Morir del cuento*. Y es el momento de mayor expresividad de los directores, no precisamente a partir de autores nacionales: Roberto Blanco: *Yerma* y *Mariana*; Berta Martínez: *Bodas de sangre* y *La zapatera prodigiosa*. Armando Suárez del Villar pone en escena a los dramaturgos cubanos del XIX: Luaces, Milanés. Alberto Pedro estrena en 1987 *Weekend en Bahía* y los más importantes teatristas presentan sus espectáculos en festivales internacionales.

La caída del campo socialista hace que Cuba pierda sus intercambios comerciales. La década de los noventa abre el llamado Periodo Especial, una etapa de fuerte

crisis económica y social, caracterizada por la ausencia de artículos de primera necesidad. El país se vio obligado a adoptar medidas de la economía de mercado que condujeron al actual proceso de recuperación. Pero las empresas mixtas, el desarrollo del turismo y la despenalización del dólar están representando un nuevo reto para la actual sociedad cubana. Estados Unidos y Cuba firman acuerdos migratorios, después de que en 1994 ocurriera otro éxodo masivo a través de la “crisis de los balseros”. Estos acuerdos implicarían que Estados Unidos otorgue 20000 visas anuales a ciudadanos cubanos.

Se restablecen las relaciones entre las iglesias y el Estado, pues a partir de 1960 los religiosos, cristianos y practicantes de cultos afrocubanos enfrentaron situaciones muy difíciles que ocasionaron tirantez y hostilidad hacia el año 61. A principios de los noventa se permite que los religiosos integren el Partido Comunista. Luego, la Asamblea Nacional declaró laico al Estado, que antes era ateo, lo cual trajo un cambio en la vida de todos los religiosos, y preparó la visita del Papa Juan Pablo II en 1998. A fines de 1994 se autoriza a los ciudadanos cubanos a ejercer como cuentapropistas (paladares, merenderos, artesanos, taxis) que engrosan junto a los pequeños agricultores, pequeños negocios privados paralelos al Estado.

Las manifestaciones artísticas van a reflejar muy bien las circunstancias que aparecen desde finales de los años ochenta hasta la actualidad. El teatro, mediante un nuevo sistema de proyectos asumido por el Consejo Nacional de las Artes Escénicas en 1989, permitió el surgimiento de nuevos grupos, fundamentalmente de jóvenes. La trilogía de teatro norteamericano dirigida por Carlos Díaz (antes de que fundara Teatro El Público) y *La cuarta pared* del Teatro del Obstáculo, con Víctor Varela al frente, abrieron el camino para Danza Abierta, Argos Teatro, El Ciervo Encantado, Teatro Mío, Pequeño Teatro de La Habana, Teatro D'Dos, entre otros. Un grupo imprescindible del período es el Teatro Buendía, fundado en 1986, conducido por Flora Lauten, que mucho ha aportado al arte y la pedagogía teatral en Cuba. La mayoría de los dramaturgos (Víctor Varela, Joel Cano, Ricardo Muñoz, Carmen Duarte), que aparecieron a inicios de los noventa (incluidos en *Morir del texto: diez obras teatrales*. Prólogo y selección de Rosa Ileana Boudet, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1995) interrumpen un interesante proceso de búsqueda al interior de la escena nacional, mientras que Amado del Pino (*El zapato sucio*, Premio Virgilio Piñera 2002 y *Penumbra en el noveno cuarto*, 2004), Reinaldo Montero (*Los equívocos morales*, Premio Castilla La Mancha 1992 y *Medea*, 1997) y Rafael González (*La paloma negra*, 1993 y *El metodólogo*, 2000), también incluidos en aquella publicación, consolidan su presencia. Surge una nueva generación de directores salidos en su mayoría de la experiencia de Teatro Buendía (Nelda Castillo, Carlos Celdrán, Antonia Fernández,) y aparecen nuevas

motivaciones en la búsqueda del repertorio, que casi siempre apuesta a los clásicos y no al trabajo con nuevos autores y textos.

Sin embargo, los últimos años noventa y los primeros del 2000 han visto la aparición de jóvenes dramaturgos egresados del Instituto Superior de Arte y de otras experiencias docentes como son el Seminario de Dramaturgia del Centro de Investigaciones de las Artes Escénicas y los cursos y becas del Royal Court de Londres. Algunos de estos dramaturgos gozan de un reconocimiento dentro del movimiento teatral cubano y sus instituciones e incluso han estrenado con éxito sus obras, muchas de las cuales exploran temáticas emergentes y caminos propios de escritura. Destacan, entre otros, Norge Espinosa, Nara Mansur, Ulises Rodríguez Febles, Lilian Susel Zaldívar y Abel González Melo.

Los primeros años del tercer milenio han confirmado un proceso económico de crecimiento y de transformaciones con respecto a la década anterior, especialmente en el sector turístico, considerado por algunos analistas “la locomotora económica” de la Isla. Sin embargo, en otras áreas no se produce el mismo avance. Además, durante 2006 ocurrió un cambio en la alta dirección del país, debido a una enfermedad del Comandante en Jefe Fidel Castro, máximo líder de la Revolución, que le obligó a abandonar sus responsabilidades al frente del Estado. Tal situación ocasionó, durante casi dos años, el gobierno interino del entonces vicepresidente del país, segundo secretario del Partido Comunista y Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, General de Ejército Raúl Castro Ruz, hasta que fue elegido por la Asamblea Nacional del Poder Popular como Presidente del Consejo de Estado y de Ministros, tras la renuncia de Fidel en 2008. El nuevo gobierno ha continuado el proceso de debates públicos sobre los problemas actuales del país que promovió desde su etapa interina, y ha iniciado una serie de cambios socioeconómicos para mejorar las condiciones de vida del pueblo, en función del fortalecimiento de la nación.

Nara Mansur y Habey Hechavarría Prado
Revista *Conjunto* / Instituto Superior de Arte, La Habana

Nace en Unión de Reyes, Matanzas, el 20 de enero de 1925. Considerado el dramaturgo cubano actual más importante. Miembro de la Academia Cubana de la Lengua y Premio Nacional de Teatro 2002, cursó la primaria y el bachillerato en su pueblo natal. Llega a La Habana en 1946 para estudiar cirugía dental, especialidad que ejerce entre 1954 y 1957. Con *El robo del cochino* obtiene en 1961 mención en el Concurso Casa de las Américas. Ese año comienza a trabajar como asesor literario de los grupos teatrales del Consejo Nacional de Cultura. *La casa vieja* (1964) consigue otra mención en el Concurso Casa de las Américas del mismo año. Ejerció la crítica teatral en *Lunes de Revolución*, *Unión* y *Casa de las Américas*. Ya a principio de los años sesenta comienza a dirigir obras suyas, adaptaciones y textos de valiosos autores cubanos y universales, mientras crece su producción dramática. Integrante de Teatro Estudio y después del grupo Teatro Hubert de Blanck, el trabajo artístico de Estorino mantiene con igual calidad esta doble presencia en la escena nacional que hoy lo acoge como a uno de sus mejores directores artísticos. Participa habitualmente en festivales y eventos internacionales donde también ha recibido reconocimientos, pues su trabajo le ha llevado a recorrer América y Europa.

Obras

El teatro de Abelardo Estorino procede de la antigua y moderna tradición de la dramaturgia europea; influyeron en él desde los griegos hasta el teatro romántico, el norteamericano off-Broadway y el expresionismo pirandelliano. El mismo autor confiesa el interés literario de su obra centrada en el ingenio de la expresión verbal y en la palabra sorprendente. Otra fuente reconocida viene de la novela europea (Proust) y de la narrativa latinoamericana (Rulfo, Cortázar), influencia que aparecen aún en sus piezas de madurez, pues una suerte de bifurcación estilística atraviesa toda su producción: la poesía o la atmósfera poética a veces se funde con la vocación narrativa, tal como señalan algunos títulos (*Versión infiel de una novela de infidelidades*, *Novela para representar*).

Su producción tiene un origen realista (*El robo del cochino*, *La casa vieja*) pero con una explícita voluntad indagadora que opera desde el fondo hasta la forma,

siempre en pos de la belleza. La investigación de Estorino transita de la palabra hablada al espectáculo. A partir de su experiencia como director artístico (*Ni un sí ni un no*, *Morir del cuento*) ocurre el despegue en función de una concepción más osada y transformadora que arranca de *La dolorosa historia del amor secreto de Don José Jacinto Milanés*. Tentado por la imagen y la memoria, hace del recuerdo un recurso dramático y temático. Después de *Vagos rumores* el teatro de Estorino se sumerge en la ensoñación, un poco en el delirio de su propia búsqueda, manifiesta en el interior de los personajes, seres amarrados y angustiados, sin un final preciso. Las pasiones que proceden de cierto tipo de drama rural aparecen, como respuesta a la adversidad; ellas abundan en sus fábulas y aparecen vertidas en forma de comedia sentimental o melodrama. Con el tiempo la intertextualidad hará más complejo el asunto de los géneros. *Vagos rumores* (1992) es una versión de *La dolorosa historia del amor secreto de Don José Jacinto Milanés* (1973) en la cual el dramaturgo se plantea la elaboración de un nuevo texto; ahonda el criterio poético y sintetiza el original, para darle un mayor impacto a la acción, a los cuadros y al desarrollo de las situaciones límites. Concentra en tres personajes la responsabilidad de re-crear la historia y asumir diversos roles y planos del relato que se superponen. La pasión de un poeta romántico, frustrado en amores, constituye el nervio del discurso que concibe un director con todas las armas del dramaturgo experimentado. Este texto dialoga también con *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea*, de Abilio Estévez, obra de evidente inspiración estorineana, y que el propio Estorino dirigiera en 1986.

Otras obras suyas son: *Hay un muerto en la calle* (1954, inédita); *El peine y el espejo* (1956) y *El robo del cochino* (1961) estrenadas ese mismo año, por Dumé; la comedia musical *Las vacas gordas* (1962) y *Las impuras* (1962), adaptación de la novela de Miguel de Carrión, ambas estrenadas por Abelardo Estorino ese año; *La casa vieja* (1964) estrenada por Teatro Estudio en la Sala Hubert de Blanck bajo la dirección de Berta Martínez el mismo año; *Los mangos de Caín* (1964) estrenada en 1965 bajo la dirección de Magaly Alabau en el Teatro del Colegio de Arquitectos de Cuba. Sin estrenar, *El tiempo de la plaga* (1968-1990) y *La dama de las camelias* (1968, obra para títeres). Sigue *La dolorosa historia del amor secreto de Don José Jacinto Milanés* (1973), estrenada por Teatro Irrumpe, con dirección de Roberto Blanco en 1985. Las siguientes obras fueron dirigidas por Estorino: *Ni un sí ni un no* (1980) estrenada por Teatro Estudio en la Sala Hubert de Blanck; *Pachencho vivo o muerto* (1982) estrenada ese año en el Teatro Musical de La Habana; *Morir del cuento* (1984) estrenada por Teatro Estudio en la Sala Hubert de Blanck el 23 de octubre de ese año; *Que el diablo te acompañe* (1987) estrenada el 10 de octubre con Teatro Estudio, Sala Hubert de Blanck; *Las penas saben nadar* (1989) estrenada ese año en el Café-Teatro Bertolt Brecht durante el II Festival del

Monólogo y finalmente, *Vagos rumores* (1992), *Parece blanca* (1994) y *El baile* (2000) estrenadas en la sala Hubert de Blanck. Estorino dirige también *Luminaria*, de Emilio Carballido, Compañía Teatral Hubert de Blanck, 2004.

Abelardo Estorino incursionó en el teatro para niños en los años sesenta con adaptaciones de *El mago de Oz*, *El fantasmita*, y *La cucarachita Martina*. A lo anterior hay que agregar las propuestas de teatro musical y los espectáculos de variedades que realizara con Teatro Estudio en los setenta, para tener una idea de la amplitud de su trabajo teatral. *La casa vieja* y *Las penas saben nadar* fueron adaptadas a la televisión y *El robo del cochino* llevada además a la radio y al cine (*El robo*, de Jorge Fraga).

Participación en giras y festivales:

Morir del cuento, Festival de Sitges 1985.

Parece blanca, Festival Internacional de Caracas 1997.

Las penas saben nadar, Festival Iberoamericano de Bogotá 2000.

Las penas saben nadar, Primer Festival del Monólogo de Miami 2001.

Además participa de manera regular en el Festival de Teatro de Camagüey (de carácter nacional) y en el Festival Internacional de Teatro de La Habana.

Premios:

Mención Concurso Casa de las Américas por *El robo del cochino*, 1962.

Mención Concurso Casa de las Américas por *La casa vieja*, 1964.

Premio a la mejor puesta en escena de un texto cubano por *Ni un sí ni un no* en el Festival de Teatro de La Habana 1980.

Premio UNEAC al texto y a la puesta en escena de *Morir del cuento* en el Festival de Teatro de La Habana, 1984.

Premio de la Crítica Literaria 1985 a *Teatro* (Editorial Letras Cubanas, 1984).

Mención especial del Premio Cau Ferrant a *Morir del cuento*, Festival de Sitges, España, 1985.

Premio a la mejor puesta en escena por *La malasangre*, de Griselda Gambaro, Festival de Teatro de Camagüey 1988.

Medalla Alejo Carpentier, 1988.

Premio Segismundo, UNEAC y el de la Editorial de la Mujer por *Las penas saben nadar*, Festival del Monólogo 1989.

Premio a la mejor puesta en escena por *Vagos rumores*.

Premio Nacional de Literatura 1992.

Premio Villanueva de la Crítica por *Parece blanca*, 1994.

Orden Félix Varela, 1995.

Premio ACE de Nueva York a la mejor dirección por *Vagos rumores*, 1997.

Becado por la John S. Guggenheim Memorial Foundation 1997.

Premio de la Crítica Literaria 1998 por *Vagos rumores y otras obras* (Editorial Letras Cubanas, 1997).

Becado por la Theater Communication Group 1999 para estrenar en Nueva York *El baile y Parece blanca*, con el Teatro Repertorio Español.

Premio de la revista *Hola* por la puesta en escena de *El baile*, 1999.

Premio Nacional de Teatro 2002.

Bibliografía:

La casa vieja, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1964.

“Los mangos de Caín”, en *Casa de las Américas*, a.4, n. 27, dic., La Habana, 1964.

El robo del cochino, Ediciones R, La Habana, 1964.

“El robo del cochino”, en *Teatro y revolución*. Graziella Pogolotti, Rine Leal y Rosa Ileana Boudet (eds.). Prólogo de Graziella Pogolotti, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.

Teatro. Prólogo de Salvador Arias, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984. Incluye: “El peine y el espejo”; “El robo del cochino”; “La casa vieja”; “La dolorosa historia del amor secreto de Don José Jacinto Milanés”; y “Ni un sí ni un no”.

“La dolorosa historia del amor secreto de Don José Jacinto Milanés” en *Teatro cubano contemporáneo. Antología*. Carlos Espinosa Domínguez (ed.), Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1992.

Vagos rumores y otras obras. Prólogo de Rosa Ileana Boudet, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1997. Incluye “Los mangos de Caín”; “Morir del cuento”; “Que el diablo te acompañe”; “Las penas saben nadar”; “El tiempo de la plaga”; “Vagos rumores”; y “Parece blanca”.

“El baile”, Ediciones Alarcos, revista *Tablas*, La Habana, 2000.

“La dama de las camelias”, en *Tablas*, n. 2, La Habana, 2000.

Teatro escogido. Selección Omar Valiño y prólogo de Reinaldo Montero. Incluye: “La casa vieja”, “Los mangos de Caín”, “Ni un sí ni un no”, “Morir del cuento”, “Vagos rumores”, “Parece blanca”, y “El baile”. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2003.

Que el Diablo te acompañe y más comedias, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2004.

Memorias de Milanés. Concepción editorial de Omar Valiño y prólogo de Abel González Melo, Ediciones Matanzas, Matanzas, 2005.

Teatro completo. Incluye: Volumen I: “Hay un muerto en la calle”, “El peine y el espejo”, “El robo del cochino”, “La cucarachita Martina y el ratoncito Pérez”, “El Mago de Oz”, “Las impuras”, “Las vacas gordas”, “La casa vieja”, “Los mangos de Caín”, “La dama de las camelias” y “El tiempo y la plaga”. Volumen II: “La dolorosa historia del amor secreto de don José Jacinto Milanés”, “Ni un sí ni un no”, “Pachencho vivo o muerto”, “Morir del cuento”, “Que el diablo te acompañe”, “Las penas saben nadar”, “Vagos rumores”, “Parece blanca”, “El baile”, y “Yo fumo Marlboro” Biblioteca de Clásicos, Ediciones Tablas-Alarcos, Consejo Nacional de las Artes Escénicas, La Habana, 2006.

> vagos rumores

Abelardo Estorino

PERSONAJES

JOSÉ JACINTO MILANÉS
LA MADRE
CARLOTA, su hermana
LOLA
ISA
TÍA PASTORA
MENDIGO
DON SIMÓN DE XIMENO
EL SERENO
DOMINGO DEL MONTE
PLÁCIDO
UN NEGRO ESCLAVO

UN ESPACIO ENORME QUE RECUERDA UN ALMACÉN OLVIDADO, DONDE SE ENCUENTRAN LIBROS VIEJOS, ALGUNOS MUEBLES ROTOS, PALANGANAS Y JARRAS, Y UNA ESCALERA. EL SONIDO DE AGUA QUE CAE HACE MÁS EVIDENTE EL SILENCIO Y LA SOLEDAD. A VECES SE ESCUCHA UNA VOZ QUE DICE MUY BAJO, CASI UN RUMOR, VERSOS DE MILANÉS. EL MENDIGO TOCA UNA CAMPANILLA PARA INDICAR UN CAMBIO, UN NUEVO TEMA, UN DISCURSO.

MILANÉS, APARECE CON PANTALÓN NEGRO Y CAMISA BLANCA DE MANGAS ANCHAS, SIN CUELLO. AL FINAL LO VESTIRÁN TODO DE NEGRO COMO SE VE EN LOS RETRATOS. CARLOTA, USA UN ROPÓN DE DORMIR MUY HOLGADO Y LLEVA EL PELO LARGO ATADO EN LA NUCA. MENDIGO, LLEVA ROPAS GASTADAS QUE PUEDAN TRANSFORMARSE PARA ASUMIR LOS PERSONAJES QUE MUESTRA.

LA MADRE, SE PRESENTA TRAS UNAS TELAS QUE DESPUÉS UTILIZA COMO UN CHAL; ES DULCE. LOLA, NOVIA DE MILANÉS DURANTE DIEZ AÑOS. ES UNA MUJER VIEJA, CON LAS MANOS DEFORMADAS POR LA ARTRITIS. ISA, TELAS LIGERAS DE COLORES DESVAÍDOS ATADOS CON CINTAS Y FLORES GASTADAS QUE EL MENDIGO UTILIZA PARA HACER REVIVIR EN EL POETA EL RECUERDO DE LA PRIMA. TÍA PASTORA, MUY VIEJA. SU VESTUARIO RECUERDA EL DE UNA MONJA. VIVE ATERROZADA POR EL PECADO Y EL SONIDO DEL PIANO. DON SIMÓN DE XIMENO, SE LE CONOCE TAMBIÉN POR PADRINO, ES EL PADRE DE ISA. USA CHISTERA Y LLEVA UN LIBRO DE CUENTAS. EL SERENO, CAPA NEGRA, VARA Y FAROL. DOMINGO DEL MONTE, EL MAESTRO, EL GUÍA ESPIRITUAL; USA ESPEJUELOS Y AMA LOS LIBROS. PLÁCIDO, EL POETA FUSILADO DURANTE LA CONSPIRACIÓN DE LA ESCALERA. LLEVA ALREDEDOR DE LA CABEZA UNA BANDA DE LINO MANCHADA DE SANGRE. UN NEGRO ESCLAVO, EL TORSO DESNUDO, UN PAÑUELO EN LA CABEZA.

Milanés entra a un espacio iluminado. Luz grisácea, como una madrugada fría. Mira a su alrededor queriendo reconocer el lugar. Escucha. Silencio. De pronto, muy lejanas, se oyen unas campanas que tocan a muerto. Tropieza con algo: es un pedazo de soga que recoge y examina con mucho cuidado, con el que comienza a golpear el suelo, lentamente; el ritmo se acrecienta y termina usándolo con violencia, como un látigo. El Mendigo aparece cargando una escalera y la coloca frente a Milanés que usa la soga para fustigar los peldaños, gritando con furia hasta caer extenuado. El Mendigo lo mira durante un rato y cuando se calma deja caer la escalera con gran estruendo. Milanés se sobresalta; el Mendigo sonríe y saca pedazos de telas en colores pasteles que mueve frente a Milanés, quien grita "Isa, Isa" y huye. El Mendigo lo alcanza, lo sienta en una silla y comienza a amarrarlo con la soga, mientras Milanés grita los versos siguientes:

MILANÉS: Benigno alumbra el sol: suelto va el río;
No falta hoja ni rama al mango airoso;
El verde de la mar es más hermoso;
Y el azul de los cielos más sombrío.
(*Mira al Mendigo*) ¡Suéltame, suéltame! Esas campanas me enloquecen.

MENDIGO: (*Sonríe*) Tocan a muerto.

MILANÉS: ¿Estamos en noviembre?

MENDIGO: Sí.

MILANÉS: Ah, los Fieles Difuntos.

MENDIGO: No. Hoy es el día de tu muerte.

MILANÉS: ¿El 14 de noviembre?

MENDIGO: Para ti y para mí siempre es el 14 de noviembre.

MILANÉS: Hay otros días: Domingo de Ramos: toda la familia va a la iglesia bien temprano y regresamos a la casa cargados con hojas de palma, tiernas y verdes.

MENDIGO: No. 14 de noviembre, el día de tu muerte.

MILANÉS: Una vida está hecha de un día tras otro. ¿Por qué insistes?

MENDIGO: Repito palabras aprendidas, represento sucesos ya vividos, utilizo objetos que nos hacen recordar.

MILANÉS: Eso es el teatro.

MENDIGO: Una comedia infinita que sucede siempre un 14 de noviembre. Y nosotros somos los personajes.

MILANÉS: Soy Milanés, el poeta. Yo creo los personajes.

- MENDIGO: Tú no eres más que un personaje envuelto en una capa negra que recorre una ciudad dormida gritando desesperado el nombre de una mujer (*Le muestra las telas*).
- MILANÉS: ¡Isa, Isa!
- MENDIGO: Ya lo ves.
- MILANÉS: Suéltame. No quiero vivir amarrado.
- MENDIGO: Tienes que representar tu papel.
- MILANÉS: ¿Representar para qué?
- MENDIGO: Para recordar, sólo recordar. (*Pausa breve*) ¿Qué recuerdas? (*Tararea unas notas*).
- MILANÉS: Recordaré a mi hermana cantando.
- MENDIGO: Yo te recordaré la escalera tinta en sangre.
- MILANÉS: Recordaré mis versos más perfectos: encantado en el ámbar de un suspiro.
- MENDIGO: Te recordé el reloj implacable de una noche sin sueño.
- MILANÉS: No. Habrá días luminosos y juegos infantiles y libros.
- MENDIGO: Pero sucedió algo terrible: simplemente, la mujer amada no te miró una tarde.
- MILANÉS: Déjame. La vida no es una pesadilla.
- MENDIGO: No. Las pesadillas pasan.
- MILANÉS: Por calles torcidas, oscuras, sin gente susurró en mi oído, cláusula funesta, se grabó en mi espejo; se sentó en mi silla, de mi cabecera tomó posesión.
- MENDIGO: Y la mano negra de la pesadilla la apoyó tres veces en tu corazón. Ahora todo está claro, ya sabes quién soy: tú eres el poeta y yo tu personaje. Puede comenzar la representación.
- MILANÉS: Mi vida no es una representación teatral.
- MENDIGO: Pero el teatro te encanta.
- MILANÉS: No sé qué sentido tuvo mi vida.
- MENDIGO: Busca en los espejos, en el fondo de un vaso, registra en los armarios más viejos y encontrarás una imagen escondida, un retrato perdido, una carta donde se revela un deseo inconfesable. ¡Decídete, poeta! La paz de los sepulcros no ha llegado para ti. La verdad es ese latido en las sienes que no te deja dormir.

MILANÉS: No quiero oírte.

MENDIGO: Mírame.

MILANÉS: No.

MENDIGO: *(Mostrándole los objetos que enumera)* Estos son los objetos que usaremos. La almohada donde el poeta reposó la cabeza durante su larga enfermedad: las iniciales las bordó su hermana que lo cuidó tantas noches. Una palangana esmaltada, una jarra y un paño de lino para los baños con que aliviaban sus momentos de delirio. Los usará su hermana, que lo bañó tantas veces. Un cuchillo. ¿Para qué servirá este cuchillo? Papeles donde escribió los poemas que lo convirtieron en el poeta más amado de su tiempo. Poemas que su hermana leyó tantas veces, durante tantas noches, año tras año, junto a su cama.

MILANÉS: *(Grita)* ¡Carlota, sálvame! No me dejes solo. Carlota, ábreme los ojos, los ojos, Carlota.

Desde el fondo avanza una figura envuelta en viejos paños amarillentos, casi deshechos: es Carlota que responde a la llamada de su hermano y trata de acercarse luchando contra la mortaja que la envuelve, deshaciéndose de las telas que la han cubierto en su ataúd, soltando flores marchitas, el olor a lugares sin aire, enfrentándose a la luz que la ciega. Se acerca a Milanés, lo abraza con una ternura indescriptible, le besa los ojos, lo mira conmovida; reacciona ante la imagen y comienza a desatarlo.

¿Carlota?

CARLOTA: Soy yo.

MILANÉS: ¿Es tu voz?

CARLOTA: Toca mis manos.

Milanés extiende las manos con temor. Carlota se las toma y las lleva a su cara para que la reconozca: Milanés la palpa, recorre los cabellos, los hombros, la reconoce y repentinamente se abraza a ella y esconde la cabeza en su seno. Ella lo consuela como a un niño. El Mendigo se acerca con una luz. Carlota desata a Milanés, le quita la camisa, echa agua en la palangana y comienza a lavarle: una y otra vez exprime el paño, el agua suena al caer, lo moja de nuevo y recorre el pecho, los brazos, la nuca. Milanés se deja hacer disfrutándolo.

A mamá le gustaba hablar de ti, contarnos cómo eras cuando niño. Contaba que te bañaba en una tina de madera que había sido de la abuela. Tú chapoteabas y los salpicabas, a ella y a papá, que te miraban enternecidos.

MILANÉS: A mis niñeces volvedme gratas
que ya volaron como las nubes.

El rito del agua se convierte en un juego infantil. Milanés le moja la cara, corren alrededor de la silla, usan la soga para atraparse uno al otro. Milanés la tira al suelo y la mantiene boca arriba sujetándole los brazos para impedirle que se mueva.

CARLOTA: ¡Fico, Fico, sálvame! ¡Fico!

MILANÉS: *(La suelta y mira a su alrededor, esperando)* ¿Dónde está Federico?

CARLOTA: No está. Se irá a Nueva York a publicar tus versos. Quiere mantener viva tu memoria.

MILANÉS: Me conmueve esa fidelidad de mi hermano.

CARLOTA: ¿Y yo, acaso no te fui fiel?

MILANÉS: *(Bromeando)* ¿A quién confío mi amor oculto, mi desvarío? Cimarronzuela de rojos pies.

Milanés y Carlota juegan al teatro, se visten con paños que encuentran y objetos incongruentes les sirven de utilería.

CARLOTA: Tinieblas, cubrid eternamente la orilla cambiante del mundo. ¡Oh, Antonio, Antonio!

MILANÉS: ¡Silencio! No es el valor de César el que ha derribado a Antonio.

CARLOTA: Nadie sino Antonio podía vencer a Antonio.

MILANÉS: Muero, reina de Egipto, y vengo aquí a importunar un instante a la muerte, para que espere un minuto más, y de tantos besos como pose en tus labios pueda darte el último.

El Mendigo se acerca ocultándose tras un paño.

MENDIGO: Se acabó la representación. Su padre está al llegar y hay que poner la mesa.

Carlota camina hacia el Mendigo que le entrega el paño y ella se oculta tras él; lo usará como un chal para la Madre.

CARLOTA: Pepe, ¿dónde andabas?

MILANÉS: Lejos, mamá, muy lejos.

CARLOTA: Te necesitaba tanto. Me hubiera gustado verte antes de morir.

MILANÉS: Estaba enfermo, mamá, dijeron que estaba enfermo y me mandaron a una ciudad muy grande: Nueva York.

CARLOTA: Hijo, ¿y no hacía mucho frío?

- MILANÉS: Sí, mamá, y nevaba... Confieso que es lo que más me entristece. Jamás sentí una melancolía igual.
- CARLOTA: Me gustaría tocarte, pero estás tan lejos... ¡Tus cartas se demoran tanto!
- MILANÉS: ¿Y papá?
- CARLOTA: Allá, en el fondo de la casa, sacando cuentas. Quiere ver si las onzas paren reales. Son muchos hijos.
- MILANÉS: ¿Y no podré estudiar en La Habana, mamá?
- CARLOTA: Quince hijos.
- MILANÉS: Mamá, yo quiero estudiar en La Habana.
- CARLOTA: Quince años pariendo. ¿Te imaginas? Un año y otro y otro muchacho que llega y haz una nueva canastilla y los años pasan y tú y Federico se van con sus primos por esos andurriales y yo me quedo temblando. Un día se van a dar un golpe trepándose a las matas a coger frutas. ¡Mangos, los mangos te vuelven loco!
- MENDIGO: ¿Los mangos?
- CARLOTA: ¿Por qué te quedaste tan callado? Tú eras hablador, dicharachero... Siempre haciendo versos y escribiendo comedias y cogiéndome las sábanas para jugar al teatro.
- MILANÉS: No era un juego, mamá. Era..., ¡el destino!, vamos a decir.
- MENDIGO: Un mandamiento divino: crecerás y sufrirás tanto que serás poeta y te aborrecerán por ser distinto.
- CARLOTA: ¡Pepe!
- MILANÉS: ¿Qué, mamá?
- CARLOTA: Deja la lectura y busca a tu padre. Cae la noche y es la hora del rosario. ¡Ay, estos muchachos, siempre pensando en las musarañas! *(Un grito largo)* ¡Álvaro...!
- MENDIGO: ¡Rita...!
- MILANÉS: No quedan retratos de mamá. Nunca se retrató. ¿Cómo podemos recordarla?
- El Mendigo se acerca a Carlota y la lleva a otra zona donde la hace arrodillarse; después le entrega a Milanés una biblia. Mientras ellos rezan el Mendigo se viste con los atuendos de la tía Pastora y se acerca a Milanés que se aleja asustado.*
- No. Todavía no.
- MENDIGO: Pepe, soy yo, doña María Pastora Porfiria Juana de Dios de los Dolores. *(Se ríe)* Tantos nombres para una pobre vieja que no puede con su alma.

- MILANÉS: No sé qué hacer.
- MENDIGO: Limpia. No es posible vivir en una casa infectada. (*Limpia el piso con un paño*) En las cosas más simples, en una silla o en el borde de una mesa, descubres los restos de un crimen.
- MILANÉS: Señor, no quiero oírla.
- MENDIGO: Limpia, limpia. ¿No sientes el olor de los pantanos? Cuando menos lo espero aparece una nueva mancha. Todo es viscoso y maloliente y el agua no alcanza. Me duelen las manos. ¡Ay, estas manos...! ¡Cierren el piano! ¡Cómo arrancarme estas manos que ni siquiera sirven para taparme los oídos! ¡Cíerrenlo! Oigo a todas horas esas notas preñadas de lascivia. Lo oigo aunque me encierre en mi cuarto. Hasta allí me persigue esa música. Y lavo mi cuerpo que ningún hombre ha tocado. Frutas podridas, gatas que chillan de noche, negros que bailan y se mueven desvergonzados... ¡No quiero verlos! Hay que limpiar aquí. ¡Mira esta mancha!
- MILANÉS: Mancha negra en lino fino que primero rasga el lino que se consiga limpiar.
- MENDIGO: Que llueva, Señor. Agua, quiero acabar con el vaho que sube del infierno. Me destrozaré las manos limpiando esta casa. Pero siempre queda un coágulo, un olor, ese hedor que recuerda el momento en que un cuerpo desnudo aparece en un espejo.
- MILANÉS: Prendiste mi corazón, hermana, esposa mía. Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa, miel y leche hay debajo de tu lengua; y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano. Huerto cerrado eres, hermana, esposa mía, fuente sellada. Señor, limpia mi cuerpo. Quiero la transparencia y el almo esplendor de una noche helada. Ayúdame, Señor, a gozar de las cosas más sencillas: flores silvestres, la voz de la tórtola en el monte, deambular por las orillas de mis ríos. A eso aspiro.
- MENDIGO: Pepe, tú me ayudarás.
- MILANÉS: ¿Qué quiere, tía?
- MENDIGO: Tú y yo tenemos una misión.
- MILANÉS: No puedo oírla.
- MENDIGO: Proteger esta casa. La humedad se cuele, aparece una mancha y un día descubres una pared que se vendrá al suelo en cuanto grites. Ayúdame, Pepe, une tus manos a las mías, no me dejes sola (*Le agarra las manos y lo arrastra*).

CARLOTA: Cállese, tía. Vaya a su cuarto.

MENDIGO: Tienes que estar aquí. Tú y yo y nuestras plegarias. Prométemelo.

CARLOTA: ¡Basta ya! La encerraré con llave.

MENDIGO: ¡Zorra! Conozco bien lo que escondes detrás de esa mirada dulce. Relinchas como una yegua cuando te da el olor de los caballos.

Milanes le arranca al Mendigo los atuendos que lo hacen aparecer como Pastora.

MILANÉS: Me engañas. Yo no viví así cuando niño.

CARLOTA: ¿Quién es, Pepe?

MILANÉS: Me acompaña de noche. Se acerca a mi cama y murmura palabras que nunca he dicho.

CARLOTA: Déjenos tranquilos. Nosotros conocemos nuestra niñez: la casa en calma y al atardecer jugamos con los primos. Nada más.

MENDIGO: ¿Y la humillación de las limosnas?

CARLOTA: Siempre fuimos orgullosos.

MENDIGO: Sin una onza.

CARLOTA: Mis abuelos fueron alcaldes y obispos y fundaron la ciudad.

MENDIGO: ¡Ay, qué gente! Viven de lo que tuvieron o de lo que tendrán. Nunca de lo que tienen.

CARLOTA: No permitiré que lo asustes.

MENDIGO: Solo saco a la luz los recuerdos que otros ocultan.

CARLOTA: Yo también tengo recuerdos.

MENDIGO: Pero hay que recordar los tuyos y los de los otros. Los que lo acompañaron a la escuela o lo vieron correr por las calles “persiguiendo una ilusión que se le escapaba”.

CARLOTA: Yo conozco cada momento de su vida y nadie puede citar una palabra que yo no le haya oído decir.

MENDIGO: No hay una palabra ni un movimiento de su mano que yo no haya repetido.

CARLOTA: Desmiéntelo, Pepe.

MENDIGO: No se atreverá.

CARLOTA: ¡Pepe!

MILANÉS: ¡Qué tortura! Yo quería estudiar. Nada más.

MENDIGO: ¿Quién te lo impedía?

MILANÉS: ¿Quién podía pagarme los estudios? Padrino, solo Padrino.

MENDIGO: Sí, don Simón, el padrino de todos, el tío político, el padre de Isa, don Simón: todo cariño, todo cuñado, todo parentela, todo generosidad, todo trabajo, todo onzas, todo negocios.

El Mendigo coge un libro de cuentas y se pone una chistera.

(Como don Simón de Ximeno) Mi padre, Joseph Matías de Ximeno, era bilbaíno. El hombre se hace fuerte luchando contra la naturaleza y esas provincias del norte de España son muy frías. Aquí, con este calor, las gentes se acuestan en las hamacas y que se hunda el mundo. Mi padre trabajó muy duro y lo que tengo se lo debo a él, a él y a mi tenacidad. Con esa misma tenacidad mi padre creó sus riquezas. Por eso amo estos libros. Aquí está reflejada la historia de mi familia: onza que entra se asienta en una columna; onza que sale, en la otra. Así se hace una vida: controlando hasta el último real. Mis hijos aprenderán de mí esa tenacidad vizcaína. José Manuel será abogado. Todavía no he decidido qué estudiará Pancho. Hay tiempo. Y además tengo un tesoro: en medio de tantos varones esa mujercita que me ha conquistado: Isa. Con ella se van al traste mi tenacidad, mi voluntad... Todo lo que me define. Y vivo para satisfacer sus caprichos. Si alguien se atreve a tocarla me convertiré en una fiera. *(Queda en silencio un momento, lleno de furia)* Ustedes también han tenido suerte. Pepe es un muchacho trabajador y... ¡qué letra! ¡Primorosa! Me siento muy orgulloso al enviar cartas comerciales escritas por su mano.

CARLOTA: *(Como la Madre)* De eso queríamos hablarle, Ximeno.

MENDIGO: Estoy muy satisfecho con su trabajo. Si se olvidara un poco de la poesía...

MILANÉS: ¿Qué?

MENDIGO: No tengo a mal su afición a los libros. Mis hijos también leen. Pero lo de este muchacho es una obsesión. ¡Qué cosa! *(Se ríe y palmea a Milanés)* Se va a volver loco. *(Transición)* Lo dije. Desde entonces lo dije: se va a volver loco. Y nadie me hizo caso. ¡Claro! ¿Quién le va a hacer caso a un viejo que solo piensa en sus negocios? Y después a correr. “Padrino, Pepe está muy mal... y el médico ha dicho...”. Y allá va el tío y suelta las onzas que acumuló con sus despreciables negocios.

MILANÉS: Nunca le pedí nada.

MENDIGO: No me hagas hablar.

Hay un momento de silencio.

- CARLOTA: Es inteligente y tiene otras aspiraciones.
- MENDIGO: ¿No está contento en mi oficina?
- CARLOTA: Pepe está en edad de decidir su destino. Y yo no quisiera que terminara su vida haciendo cartas comerciales.
- MENDIGO: Yo no puedo ofrecerle otra cosa. *(Pausa)* Tal vez podríamos mandarlo a La Habana.
- CARLOTA: ¿Será posible? Si Pepe pudiera estudiar...
- MENDIGO: ¿Estudiar? Eso cuesta un ojo de la cara. Y ustedes... Yo hablo de un destino. ¿Ve esta columna? *(Le muestra el libro)* Aquí está anotado lo que me cuesta el colegio de José Manuel. Un ojo de la cara. Pepe podría trabajar. En La Habana tengo relaciones con el dueño de una ferretería. Con su letra y su formalidad se abrirá paso.
- CARLOTA: ¿Pero en La Habana no es peligroso?
- MENDIGO: ¡Ah, peligro! Que luche solo, se olvide de la poesía y se haga un hombre. Decidido. Yo le conseguiré pasaje gratis en una goleta con la que tengo negocios.
- El Mendigo cierra el libro de cuentas y lanza al aire la chistera. Ximeno desaparece.*
- CARLOTA: Irás a La Habana. Es una ciudad importante. Allí puedes labrarte un destino.
- MILANÉS: Me hablaban de un destino y pensaba en la poesía.
- CARLOTA: Hay grandes bibliotecas. Y teatros. Y harás amistades nuevas.
- MILANÉS: ¿Y mis viejos amigos?
- CARLOTA: Estarás en un lugar de confianza, haciéndote un porvenir. Un porvenir brillante *(Oculta sus lágrimas)*.
- MENDIGO: *(Como El Sereno)* Las once de la noche de este día de gracia del Señor, 5 de octubre de 1832. Hay una llovizna fina, se avecina un norte y el cielo negro anuncia tormenta. Casi no hay luna, casi no hay luz, nubes negras se ciernen sobre la ciudad. Las once de la noche de este día de gracia de Nuestro Señor.
- MILANÉS: No quiero irme. Me quedaré en esta ciudad horrible, preso entre los dos ríos. Me consumiré aquí, en estas calles oscuras, torcidas, sin gente. Quiero ver siempre esa bahía asquerosa repleta de barcos que arrojan sus desperdicios en la playa inmundada. No quiero abandonar el valle, abismo sin fondo, y hundirme, hundirme en este hueco donde me tocó nacer.

El Mendigo, con una botella de ron, arrastra a Milanés que carga su equipaje.

MENDIGO: Arriba, poeta, la gran metrópoli te saluda. ¿Quieres visitar el puerto? Sol y Luz, dos calles luminosas te llevan hasta los muelles. Pero para ti está reservada otra calle: Amargura, directo hasta el convento de San Francisco.

MILANÉS: Huyendo los viles charcos
de la corrupción del mundo
callado y meditabundo...

MENDIGO: Nunca huyas de la corrupción. Gózala, muchacho.

MILANÉS: Me aturden estas calles sucias. Huelen a tasajo y bacalao.

MENDIGO: Naciste en una ciudad que siempre parece estar dormida. La Habana está siempre despierta. Los burdeles no cierran nunca y las putas se ofrecen por el precio de un ajíaco.

MILANÉS: Odio estos libros con sus dos columnas y las onzas y los reales y los pesos.

MENDIGO: No blasfemes. El dinero no se odia nunca. Abandona la ferretería y su chatarra. El trabajo honrado es para los lerdos. El contrabando te llenará los bolsillos de oro.

MILANÉS: No. No puedo quedar mal con Padrino.

MENDIGO: (*Burlándose*) No, no puedo quedar mal con Padrino. Aprende a vivir, carajo.

MILANÉS: Las palabras me han abandonado. Cierro los ojos, trato de encontrar un ritmo, una frase, una metáfora inesperada, y tu risotada me desquicia.

MENDIGO: Allá, frente a la catedral, se venden negras sanas y fuertes, ¡muy baratas!, con tetas dulces como naranjas. Y a ti te encantan las naranjas.

MILANÉS: ¿No encontraré un rincón de silencio?

MENDIGO: ¡Bebe! (*Le ofrece la botella*) El ron te hará olvidar este desastre que es la vida.

MILANÉS: Extraño mi casa, la mano de mi madre acariciando mi cabeza. (*Llama*) ¡Carlota!

CARLOTA: (*Llama*) ¡Pepe! Señor, protege a mi hermano, es joven y apenas ha visto el mundo.

Se oyen campanadas. El Mendigo enciende fogatas para purificar el aire. Carlota reza en voz baja, un murmullo.

MENDIGO: ¡Agua, agua!

MILANÉS: Estoy solo. El aire se carga de un olor acre. No puedo respirar.

MENDIGO: ¡Auxilio! Alguien que me ayude.

MILANÉS: ¡Ay, esta ciudad perdida! Las tabernas están repletas y el aguardiente corre por los gaznates como medicina infernal. Se olvidaron de Dios y el Señor envía sus plagas. ¡Herejes! Nada podrá salvarnos el día de la ira.

El Mendigo se acerca empujando una carretilla cargada con cadáveres.

MENDIGO: Amigo, ¿me ayuda?

Milanés huye perseguido por el Mendigo. Forcejean.

MILANÉS: Suéltame. No quiero nada con la muerte.

MENDIGO: Estás rodeado de cadáveres. El cólera no perdona.

MILANÉS: Me voy de esta ciudad.

MENDIGO: La Isla entera está infectada.

MILANÉS: Odio todo lo que se corrompe.

MENDIGO: ¡Ah, los jóvenes! ¡Qué ingenuos! Piensan siempre que la muerte se enamora de lo viejo. ¡Mira! (*Obliga a Milanés a mirar un cadáver que trae en la carretilla*) Casi una niña. No podía dejarla tirada en la zanja. Bebe un trago y olvida todo lo que te enseñaron. (*Le ofrece la botella*) Esas llamadas anuncian una nueva ley: salvar el pellejo ante todo. Ya no hay amor y los cuerpos se enlazan con tanto miedo que el placer se alcanza a dentelladas.

Milanés lo ayuda a empujar la carretilla. Encuentran un cadáver.

Ayúdame.

MILANÉS: Es una mujer.

MENDIGO: La amada de Plácido. ¡No! Miento. Todavía no es Plácido; ahora es simplemente un mulato peinetero que a veces escribe versos, pero el año que viene le premiarán un poema y lo aclamarán en todas partes. ¿Te parecía envilecido?

MILANÉS: De pronto uno descubre que lleva dentro tanta crueldad...

MENDIGO: Olvida la filosofía y empuja, estos muertos pesan como plomo. Esta que ves aquí hace apenas un mes bailaba con su novio. ¡Linda música! Parecía que estarían bailando eternamente. Y ya ves. Empezaron los vómitos y los ojos que brillaban bajo las lámparas se hundieron, negros en sus cuencas. Gritaba suplicando agua y le dieron el agua

corrompida de la Zanja Real. Y ahora su cuerpo, que el novio tanto deseaba, será devorado por gusanos insaciables. *Sic transit gloria mundi.*

- MILANÉS: ¿Cómo es posible que Dios permita que estos cuerpos, templo de su soplo, se corrompan? ¿Que estos labios hechos para la oración, y esos ojos que han buscado su imagen, se corrompan?
- MENDIGO: Será que Dios no existe.
- MILANÉS: Tiene que existir. Y yo le pediré una explicación de esta catástrofe.
- MENDIGO: Mientras la explicación llega, empuja, que estos cuerpos tocados por la gracia de Dios comienzan a apestar.
- Se pierden en la oscuridad empujando la carretilla.*
- CARLOTA: Regresa, Pepe, regresa.
- MENDIGO: Esta ciudad fue creada para ti, solo para ti. Ven, pisa las piedras, ennoblece las plazas con tu mirada, inmortaliza los puentes.
- CARLOTA: La casa te espera. El zaguán en silencio y el patio alborotado de pitirres.
- MENDIGO: Ven, poeta, a San Carlos de Matanzas, fundada para ti por Carlos II, *el Hechizado*. Mientras quemaba herejes y exorcizaba demonios dijo: construyan una ciudad aquí.
- CARLOTA: Y se escogió esta bahía para que tú la cantaras. Y esos ríos que esperan por tus versos para que sus aguas fluyan.
- MENDIGO: Y ahora Matanzas es tu ciudad, como lo fue de tu antepasado, el enviado especial del Santo Oficio que vino hasta aquí buscando herejes. Los tuyos eran los más puros y descubrían el demonio en los otros. Ven, establece la pureza en la ciudad.
- CARLOTA: Ven. Toda la casa te espera: tus libros, tu silla y la ventana donde te asomará gritando el nombre que te rompe el alma.
- MENDIGO: Yo profetizo: en esta ciudad se cometerá la mayor matanza de negros de nuestra historia; los perseguirán como a fieras y los azotarán hasta desangrarlos. Ven, no te pierdas ese espectáculo, aprende a hacer historia.
- CARLOTA: Te esperan veinte largos años de silencio.
- MENDIGO: Toma, este es el sombrero de Zequeira, un sombrero que te hará invisible, testigo oculto en el infierno. *(Le pone el sombrero)* ¡Zas! Ya no existes. Pasea por la Plaza del Ahorcado. ¿Ves? Nadie te saluda. Entra a la iglesia, nadie ve tus manos alzadas al cielo pidiendo perdón.

- CARLOTA: Espero tu voz, el roce de tu mano. Adivinaré tus deseos y te traeré el vaso de agua fresca que todavía no has pedido.
- MENDIGO: Vuelve, Milanés, vuelve.
- CARLOTA: Ven. Yo viviré mil años para recordar cómo doblas la esquina y levantas la mano para tocar a la puerta.
- Milanés toca a la puerta. Carlota corre hacia él y lo abraza.*
- Mamá, mamá, llegó Pepe.
- MENDIGO: Que vengan todos los hermanos: Tere, Federico, Cleo... Aquí está Pepe.
- CARLOTA: Tía Babí, tía Babí. Ha llegado Pepe y está loco de alegría.
- MILANÉS: Y muerto de sed.
- MENDIGO: Pepe, llegó Pepe y la casa entera lo recibe.
- CARLOTA: ¿Recuerdas el regreso?
- MILANÉS: Recuerdo el viaje. Me pareció interminable. Cerraba los ojos y te imaginaba parada detrás de la ventana.
- CARLOTA: Mientras estabas en La Habana me encerraba en tu cuarto, acariciaba tus libros, registraba en tus papeles. Un día descubrí un poema que no conocía, eran tus palabras y tu voz me las decía.
- MILANÉS: No soportaba vivir lejos. Soñaba con el patio, las arecas, el cundeamor de la cerca con las frutas amarillas.
- CARLOTA: ¿Recuerdas cuando llegaste?
- MILANÉS: Recuerdo lo que dijiste.
- CARLOTA: Nadie puede sustituir a mi hermano.
- MILANÉS: Nada puede sustituir a un hermano.
- El Mendigo ronda la escena con los atuendos de Pastora. Milanés y el Mendigo caminan uno hacia otro, se detienen frente a frente, sin tocarse.*
- MENDIGO: Tú eres como yo, exactamente como yo: no puedes vivir lejos de esta casa ni tampoco en esta casa. ¿Dónde vamos a vivir nosotros, tú y yo?
- CARLOTA: *(Corre entre los dos, llamando al resto de la familia)* Tía Babí, tía Babí, llegó Pepe. Mamá, Tere, tía Babí, tía Babí.
- MILANÉS: ¿Dónde está Federico?
- CARLOTA: Se ha ido.
- MILANÉS: ¿A dónde?
- CARLOTA: Ha escrito un prólogo para tus obras. Quiere publicarlas.

MILANÉS: ¿Sin mi permiso?

CARLOTA: Tú estás callado. Caminas por la casa como una sombra. Te asomas a la ventana y la llamas a gritos. No escribes. Acaricias los libros pero no los abres. Te sientas en una silla y no te mueves durante horas.

MILANÉS: Oh, qué dolor tan agudo es olvidar. El tiempo, el tiempo veloz que tiñe nuestras cabezas de blanco y tantas bellezas deja sin luz y sin voz.

CARLOTA: No te olvidé nunca.

MENDIGO: Ellos publicaron tus versos.

CARLOTA: Te llevé flores al cementerio.

MENDIGO: Conservaron tu cuarto como lo tenías.

CARLOTA: Rechacé a los pretendientes. Y me vestí siempre de negro.

Milanés se aleja volviendo la cabeza para mirarlos, extrañado. Se mueve lentamente. El Mendigo trae una larga capa negra forrada en grana y lo envuelve en ella. Lo sienta en la silla.

MILANÉS: Ven, oh cándida tarde: en el zafiro
inmensurable y nítido del cielo
tiende en alas levísimas el giro
del almo y blando y delicioso vuelo.

El Mendigo le da un libro a Carlota y ella se lo entrega a Milanés. Él lo abre y lee.

CARLOTA: ¿Qué lees?

MILANÉS: Lope de Vega. Me lo prestó Domingo.

CARLOTA: ¿Qué amable!

MILANÉS: Es así, pura generosidad. Todo lo que tiene es de sus amigos.

MENDIGO: ¿Los esclavos también? ¿Y las onzas?

MILANÉS: Hay valores espirituales que atesoran más que el dinero.

MENDIGO: ¡Linda frase! Pero no me quita el hambre.

CARLOTA: Pepe tiene razón. La aristocracia del espíritu crea vínculos muy fuertes entre los hombres.

MENDIGO: Frágiles, como el cristal de estos espejuelos.

MILANÉS: Los espejuelos de Domingo.

El Mendigo se pone los espejuelos y comienza a leer un libro.

MILANÉS: Ese libro es de Domingo.

MENDIGO: *(Lee)* La misión del poeta no es solo cantar por cantar.

MILANÉS: Una frase de Domingo.

MENDIGO: (*Le entrega el libro*) Aquí tiene.

MILANÉS: Es Domingo.

MENDIGO: (*Como Domingo del Monte*) Lea siempre a los clásicos y descubrirá una especie de iluminación. Me fascinan estas ediciones que recibo de París. Encuadernadas en cuero, cantos dorados, tipografía excelente. Y ni una sola errata. Así, trabajado con amor, el libro se convierte en un objeto artístico. (*Lo huele*) Lo disfruto tanto como una porcelana de Sèvres o el aroma del orégano. Lléveselo (*Le entrega un libro*).

MILANÉS: Perdone que para agradecerse lo no le dedique una oda a lo Plácido.

MENDIGO: Llena de zalemas y alabanzas.

MILANÉS: ¡Torpe! ...que a su pensamiento
siendo libre como el viento
por alto don
le corta el ala, le oculta
y en la cárcel le sepulta
del corazón.

MENDIGO: Trabaje, Milanés, trabaje. Hay que combatir tanta pereza: el calor, las comilonas y la abulia arrastrarán a este país al desastre. ¡Ay, y yo que me vuelvo loco por la harina con cangrejos! Los únicos que trabajan son esos infortunados esclavos. Los demás nos pasamos el tiempo echándonos fresco y haciendo chistes contra el gobierno. El resto es silencio.

Milanés abre un libro y lee. Carlota se acerca.

CARLOTA: ¿Qué lees, *Hamlet* otra vez?

MILANÉS: No, lord Byron. Me lo prestó Domingo.

CARLOTA: Dijiste Lope de Vega.

MENDIGO: El hombre tiene derecho a leerlo todo. Solo así será libre. No estoy de acuerdo con muchas de las obras de Byron, pero confío en la inteligencia de su hermano. Él sabrá separar el oro del oropel.

MILANÉS: Siempre le agradeceré lo que hace por mí. (*Transición*) No lo dude.

MENDIGO: (*En otro tono*) Antes de morir pedí que me leyeran tus versos. (*Un momento de silencio. Lo abraza*) ¡Ah, mi muchacho! Su hermano es un tesoro.

CARLOTA: No lo eche a perder. Ya es bastante vanidoso.

MENDIGO: Si se echa a perder lo pongo en el cepo, como a un negro, y le bajo los humos a latigazos.

- CARLOTA: ¿Y sería capaz de torturar así a un pobre poeta?
- MENDIGO: Que conozca en carne propia las calamidades de la esclavitud.
- MILANÉS: Las conozco y comparto su dolor. Por eso creo que los negros son el minero de nuestra mejor poesía.
- MENDIGO: (*Lo lleva aparte y le muestra cepos y grilletas*) Quisiera que conociera a Manzano. Es un joven poeta esclavo. Lo pusieron en el cepo, lo cargaron de cadenas y lo humillaron hasta la crueldad para matar su espíritu. Pero la poesía lo salvó y ha escrito una autobiografía estremecedora. Organicé una colecta y lo compramos. Ahora es un hombre libre.
- MILANÉS: Campiñas, ay, de la feroz conquista
cual antes en el indio, hoy vil se ensaña
en el negro infeliz. Donde la vista
al par que mira la opulenta caña
mira, qué horror, la sangre que la baña.
- MENDIGO: Y pensar que versos como esos no pueden publicarse.
- MILANÉS: Escribiré mis versos para engavetarlos.
- MENDIGO: Escriba, Milanés, escriba.
- MILANÉS: Sí, escribo, escribo. ¿Pero cómo luchar contra esa vigilancia que sospecha de la palabra más inocente? El lápiz rojo impedirá que se publique una palabra.
- MENDIGO: ¿Y para qué están los amigos? Confíe en los amigos, confíe en el tiempo y en la sagacidad de los amigos. El Capitán General dice que mi casa es una cueva de conspiradores. Me vigilan, lo sé. Tengo amigos que me avisan. Saco y el Padre Varela viven desterrados, pero España sabe que estamos dispuestos a seguir sus ideas.
- MILANÉS: Palma dice que yo me preocupo demasiado por las ideas.
- MENDIGO: No le haga ningún caso.
- MILANÉS: Que la poesía no es más que el primer arranque del alma.
- MENDIGO: Esas ideas le llegan de Francia: Dumas, George Sand, De Vigny, ¡esos románticos insoportables hacen una literatura de réprobos!
- MILANÉS: No, yo escribiré siempre respetando la moral, porque las letras ejercen una influencia, para mejorar o para pervertir, pero dejan su marca.
- MENDIGO: Y por eso la sociedad le exige tener en cuenta el uso que hace de sus facultades.
- MILANÉS: Tanta responsabilidad me asusta.

MENDIGO: El poeta, antes que poeta, debe considerarse hombre y emplear todas sus fuerzas a la mejora de sus semejantes. Esa es su misión (*Le entrega un libro*).

MILANÉS: Sí, ante las pequeñas penas nuestras, las penas del país son más importantes. Pero nosotros somos solo una minoría que discute estos problemas, mientras los demás se enriquecen con la sangre de los negros.

MENDIGO: Tratan a los negros como bestias y se enriquecen con su trabajo. Pero la esclavitud nos corrompe a todos. Sí, a nosotros también. Pensamos que estamos libres de la corrupción porque somos los amos, pero el ocio crea vicios y nos convierte en sus esclavos. El mundo tiene que enterarse de lo que sucede en la Isla. Escríbalo.

MILANÉS: ¿Para qué?

MENDIGO: Ya encontraremos la forma de llegar al escenario.

MILANÉS: ¿Insiste en que escriba un drama?

MENDIGO: Ahí está ese flamante teatro Tacón esperando por usted.

MILANÉS: Es inútil. Al público solo le interesan los espectáculos chistosos y el doble sentido.

MENDIGO: Lo han acostumbrado a eso: pan y circo. Pero todo hombre siente la necesidad de tener alas y llegar al sol.

MILANÉS: Siempre me convence. (*Pausa*) Tengo un tema que me da vueltas.

MENDIGO: ¿De veras?

MILANÉS: Solo es... ¡una imagen! Me las ingenio para expresar la represión en que vivimos. Usaré la palabra esclavo con frecuencia, porque no solo los negros, también los criollos estamos esclavizados por España. Y de alguna forma tenemos que denunciarlo.

MENDIGO: Pues ahora mismo lo echo a puntapiés de mi casa y se pone a escribir.

MILANÉS: Y cuando lo termine escribiré en la primera página: “al señor don Domingo del Monte dedica *El conde Alarcos* su amantísimo amigo José Jacinto Milanés”. Y se lo leeré temblando.

Se sienta y comienza a leer. Carlota les alcanza elementos que definen a cada personaje: el Mendigo será el Rey; Milanés, Alarcos.

(Lee) El conde Alarcos, acto II, escena V. El Rey y Alarcos.

Alarcos. Gran Señor, si consentís

que a España me torne ahora

pues ya cumplí...

Rey. ¡Callad, callad! que en mal hora

llegasteis, conde, a París.
 Alarcos. Si en volver no me dilato
 y si ves que estoy contigo
 ¿en qué he faltado al contrato?

Con los elementos que Carlota les ofrece, Milanés y el Mendigo comienzan a incorporar a los personajes de la obra.

MENDIGO: Conde, escuchad lo que os digo:
 sois conmigo un hombre ingrato.
 ¿Fuera gratitud volverte
 a tu patria y mi bondad
 menospreciar de esta suerte?

MILANÉS: No, sino necesidad
 tan terrible como fuerte.

MENDIGO: Ya sé: de abreviar los plazos
 por volver a ver la hermosa
 que quizás con torpes lazos...

MILANÉS: Señor, no es dama, es esposa
 la que me tiende los brazos.

MENDIGO: ¿Esposa decís? Alabo
 vuestro enamorado ardor
 aunque a la verdad no acabo
 de entender cómo un esclavo
 se atreve a tener amor.

MILANÉS: ¡Mi rey, mi señor, si erré
 fue porque en tu amor fié
 mi perdón.

MENDIGO: Funesto error.
 ¿Qué amor, decidme, qué fe
 hay entre esclavo y señor?
 ¿Sabéis que sois un traidor?
 ¿Sabéis que no puedo hablar
 porque me ciega el furor?

MILANÉS: Señor, si os habló Su Alteza
 vuestra hija, pienso que yo
 he de callar. Mi bajeza
 pague mi cabeza.

MENDIGO: ¡No!

MILANÉS: ¿Y qué remedio hay, señor?

MENDIGO: Casarte al primer albor
con ella.

MILANÉS: ¿Yo? ¿De qué suerte?

MENDIGO: Dando a tu esposa la muerte.

MILANÉS: ¿A mi esposa, a mi Leonor?
Señor, en nombre de Dios,
puesto que sois rey, sed hombre.

MENDIGO: ¿Qué es lo que quieres que valga
a tu esposa? Ella no es
de nombre ni sangre hidalga.
Es plebeya. Muera pues
antes que la aurora salga.

MILANÉS: ¿Y quién, estando yo aquí,
ha de dar muerte a mi esposa?

MENDIGO: Quien mande yo, porque ya
me he determinado a ello,
y un ministro ejecutor
en secreto enviaré
para que muerte le dé.

MILANÉS: Yo la ampararé.

MENDIGO: ¿Qué estás
diciendo? Tú callarás.

MILANÉS: ¿Yo?

MENDIGO: Tú eres esclavo mío.

MILANÉS: ¿Piensas que obedeceré
tus órdenes?

MENDIGO: Sí, porque
si no haces lo que he prescrito
yo le buscaré un delito
y la decapitaré.

El Mendigo aplaude junto a Carlota. Milanés está radiante.

MILANÉS: Al fin era el éxito. ¡Todo era posible! Los periódicos hablaban de mí,
la gente me buscaba y me habían pagado diecisiete onzas. ¡Padrino,
la poesía también paga! Puedo vivir sin traicionarme: así soy, en esto
creo. Era estar en lo alto alto del Pan y abajo Matanzas, la ciudad
entera a mis pies.

- CARLOTA: No solo la ciudad, la Isla entera.
- MENDIGO: Milanés, esta es tu hora. Pide por esa boca, no te negarán nada: ni el oro ni el amor. Es el minuto de la dicha.
- CARLOTA: ¿Eres el mismo? Mi admiración te transforma y aparece otro Pepe detrás del que conozco.
- MENDIGO: Toma el sombrero de Zequeira. ¡Desaparece! y oye lo que dice la gente: hablan de ti maravillados. Tienes el poder de la palabra que pasa a la posteridad (*Ríe a carcajadas*).
- MILANÉS: No tenía nada. Estaba solo en lo alto alto del Pan y abajo la ciudad, siempre inconquistable. El triunfo no era como yo esperaba y tenía que encontrar algo, algo...
- El Mendigo toca la campanilla. Carlota vierte agua en la palangana, humedece un paño y frota el cuerpo de Milanés. La acción refleja un goce sensual por parte de ambos.*
- CARLOTA: El agua te calma. Es agua clara y pura y tu cuerpo la pide. Dormirás en paz flotando en un río y la corriente te llevará suave, lenta. Una hoja que el agua arrastra hacia las sombras.
- El Mendigo se acerca vestido como Pastora.*
- MENDIGO: ¿Está dormido?
- CARLOTA: Como un niño.
- MENDIGO: (*Le toca la frente y lo besa*) Ya no tiene fiebre. No te despiertes, Pepe, duerme tu vida, duerme y duerme mientras yo dejo la casa inmaculada. (*A Carlota*) Toma esta flor, pero no se la enseñes. Tiene el color de la sangre y puede asustarlo. Flor de la maravilla, cáatala morta, cáatala viva (*Deja de ser Pastora*).
- MENDIGO: Es una flor silvestre y a él le traerá muchos recuerdos.
- CARLOTA: No se la enseñes.
- MENDIGO: Alguien se empeña en que recordemos. Si no es la flor será su aroma.
- CARLOTA: ¿No podemos escapar de la memoria?
- MENDIGO: Es lo único que nos quedará después.
- CARLOTA: ¡Qué extraño! Ya casi había olvidado lo joven que fui, cómo me gustaba ponerme una cinta en el pelo y estrenarme un túnico lleno de encajes. (*Transición*) Pepe, ¿te gusta este vestido? Hoy cumpla dieciséis años. ¿No crees que ya es hora de tener un novio?
- MILANÉS: ¿Y necesitas mi permiso?
- CARLOTA: No, tu complicidad.

- MILANÉS: ¿Estás enamorada?
- CARLOTA: Busco el amor con una urgencia que me asusta. Voy a todos los bailes, paseo por todos los parques, me asomo a todas las ventanas para descubrir una mirada. Cualquier cosa me da risa, y me pongo como un tomate si me dicen un piropo. Pero no encuentro la mirada que busco. *(Transición)* ¿Qué me miras?
- Se miran durante un momento y después se echan a reír.*
- MILANÉS: Frívola.
- CARLOTA: Pedante. Tú sí estás enamoriscado *(Se burla)*.
Ay, divinos así y encantadores
ricos de suavidad única y sola...
- MILANÉS: *(La interrumpe)* Se burla de las llagas quien nunca estuvo herido.
- CARLOTA: No la aguanto. ¡Simuladora y vulgar!
- MILANÉS: ¡Carlota!
- CARLOTA: ¿Crees que no los he visto? Te mira con tanto deseo que debería avergonzarse.
- MILANÉS: ¿Espíándonos, eh?
- CARLOTA: Ustedes no se ocultan. No te deja solo un momento. Te has convertido en su esclavo. Ama y esclavo. Ya apenas escribes. Ni lees. ¿Terminaste la novela de George Sand? No, está muriéndose de risa en tu mesa de noche.
- MILANÉS: No me siento bien, me duele la cabeza.
- CARLOTA: Me muero de vergüenza cuando la veo. Hablas de recato, de virginidad, de pureza; y ella se te ofrece con una desfachatez que me exaspera.
- MILANÉS: La estás difamando.
- CARLOTA: La he visto. El otro día, sentados en el sofá... Sí, los espiaba. Se te acercó tanto que te dejó sin resuello. Te ofrecía los senos, vi cómo acariciaba tus manos y te ofrecía los labios.
- MILANÉS: ¿Quién sabe si el vivo ardor
de mi boca osada, ansiosa?
- CARLOTA: Se rasgó el vestido para ofrecerte su cuerpo.
- MENDIGO: *(Llama)* ¡Pepe, Pepe!
- MILANÉS: ¿Y esa voz?
- MENDIGO: *(A Carlota)* Di su nombre, llámalo.
- CARLOTA: ¿José Jacinto?

MENDIGO: No, Pepe, como tú lo llamas.

CARLOTA: ¡Pepe!

MILANÉS: ¿De dónde viene ese recuerdo?

MENDIGO: Tú lo has buscado.

CARLOTA: Soy yo.

MILANÉS: ¿Carlota?

CARLOTA: ¿No me reconoces?

MILANÉS: ¿Qué quiere usted?

CARLOTA: ¿Qué circunspecto! ¿Ahora me tratas de usted?

MILANÉS: ¿La he visto antes?

CARLOTA: Mírame bien.

El Mendigo, con algún elemento de vestuario, convierte a Carlota en Lola.

Muchas veces te miraste en mis ojos. Míralos, tienen el mismo color; hay menos pestañas y han perdido el brillo, pero el color sigue siendo el mismo. Y las manos, acariciaste estas manos, con recato, es verdad, tal vez con demasiado recato. Siempre fuiste excesivamente puro, pero estuvieron entre las tuyas.

MILANÉS: Seguramente hay una equivocación.

CARLOTA: Ah, sí, me equivoco. Ya no eres Pepe.

MENDIGO: ¡Pepe, Pepe!

MILANÉS: ¿Quién me llama?

MENDIGO: *(Señalando a Carlota)* Ella.

MILANÉS: ¿Carlota?

MENDIGO: ¿Carlota?

CARLOTA: ¿Carlota? Ella no tiene nada que ver en esto. *(Transición)* ¡Mosquita muerta! O tal vez sí: con su aire de sabihonda y su ternura fraternal me hizo la vida imposible. Pero ahora van a tener que escucharme los dos. A no ser que prefiera irse, pero no sé adónde... ¡en este lugar sin puertas!

MENDIGO: *(Irónico)* Tal vez no haya razón para aclaraciones después de tanto tiempo.

CARLOTA: Tanto tiempo. ¿Cuántos años fueron? ¿Diez? ¿Diez años de mi vida no cuentan para nada?

MILANÉS: *(Al Mendigo)* ¿Quién es? ¿La conozco?

CARLOTA: ¿Hará falta una presentación formal? Ah, sí, ya comprendo. Ahora es José Jacinto Milanés, poeta laureado, poeta celebrado, poeta aplaudido, poeta muerto. Ya no es el Pepe que me dedicó sonetos. Una parte de tu vida está ligada a mí y hay que recordarla. Cuando regresaste de La Habana visitabas mi casa. ¿Eso no hay que recordarlo? Una noche...

MILANÉS: (*Recordándola*) ¡Lola!

CARLOTA: Sí, la adorada Lola.

MILANÉS: Perdón.

CARLOTA: No me trates como al Mendigo. Fui tu novia, Pepe, tu novia de diez años. ¡Y todavía preguntas...! No te perdono el olvido.

MILANÉS: Mi vida no fue una fiesta.

CARLOTA: Yo estaba muerta y enterrada. ¿Quién me trae aquí a recordar los años en que me fui secando mientras me inflaba como una calabaza? Sola, en una ciudad donde nadie me miraba como posible esposa. Me estaban negados el velo y los azahares porque tú no me los diste. Y después, los años que viví hasta mi muerte fui llenándome de tanta amargura que escupía para no envenenarme. Mira estas manos, ¡por Dios!, y arráncame los recuerdos.

MILANÉS: (*Comienza a regresar al pasado con la descripción*) Estas manos que acaricié tantas veces: dedos largos, ágiles como palomas, se mueven sobre el bastidor mientras bordas con hilos púrpuras y celestes un cojín. Te observo en silencio: la cabeza inclinada sobre el bordado, la línea del cuello iluminada por la luz del postigo. Te observo en silencio. Toda la vida, toda la vida, la vida entera observando esa línea de luz que dibuja la unión de tu barbilla con el cuello y desciende hasta el seno.

CARLOTA: (*Transfigurada*) Estás muy callado, Pepe.

MILANÉS: Sobran las palabras. Soy feliz.

CARLOTA: Te contentas con poco.

MILANÉS: Ay, divinos así y encantadores ricos de suavidad única y sola me inundaron de amor los vencedores ojos que ostenta mi adorada Lola.

CARLOTA: ¿Vas a publicarla?

MILANÉS: No. Que nada entorpezca nuestra intimidad. Me siento en paz mientras estoy contigo. (*Carlota lo besa*) Siempre será así.

- MENDIGO: ¿Quién sabe si el vivo ardor de mi boca osada, ansiosa...?
- MILANÉS: Siempre, siempre.
- CARLOTA: ¡Qué siempre tan breve!
- MILANÉS: Después que rompimos...
- CARLOTA: Rompiste tú, y la ciudad entera se rió de mí. Eran diez años de lo que tú llamabas amor casto. Una palabra. Siempre enamorado de las palabras. Palabras que no cumpliste porque de pronto apareció ella. *(Transición)* No puedo.
- MENDIGO: Sigue, es tu momento. Dile todo lo que escondiste durante tantos años: el odio y el desprecio y la humillación. Todo.
- CARLOTA: No puedo. Tú sabes que yo no puedo.
- MENDIGO: Habla. Di todo lo que guardas contra él, seas quien seas. Estuvimos callados mucho tiempo y ahora alguien nos impulsa a hablar.
- CARLOTA: Callados. Tanto tiempo. Y ahora hablar, hablar.
- MENDIGO: Habla, recuérdasela.
- CARLOTA: *(Retomando a Lola)* ¿Quién era? Una chiquilla estúpida que se reía por nada. Y allá van las lecturas y los paseos y los juegos; y yo me daba cuenta de que algo pasaba porque te conocía muy bien y eran diez años y los silencios significaban mucho para mí y los ojos empezaron a brillarte como antes y a veces parecía que habíamos vuelto atrás, pero yo no era la causa del regreso al pasado, el motivo estaba frente a tu casa, yo lo adivinaba y la ciudad entera lo sabía. La vigilabas, cualquier rumor le hacía correr hasta el postigo: una volanta, un vendedor de panales...

El Mendigo gira moviendo las telas. Carlota se deshace de lo que la identifica con Lola. Milanés grita.

- MILANÉS: ¡Isa, Isa!
- CARLOTA: Pepe, no abras la ventana.
- MILANÉS: ¡Quiero verla!
- CARLOTA: Cierra el postigo, cierra los ojos, ciérrale tu corazón para toda la vida.
- MILANÉS: Carlota, necesito verla. Búscamela. *(Furioso)*. Tú me la escondes.
- CARLOTA: Cálmate.
- MILANÉS: Sin ella no tengo calma.

Milanés cae al suelo con convulsiones. El Mendigo se acerca y le entrega las telas que él comienza a acariciar.

Oh, bella ante mis ojos, como brilla
un cielo puro al desposado amante
en cuyo limpio y celestial semblante
es rosa del Edén cada mejilla.
Si revelar mi cítara sencilla
toda tu gracia al mundo circundante
pudiera, ¡ay Dios!, humilde en el instante
doblara el mundo entero la rodilla.
Cada palabra tuya es un cariño
cada mirada tuya es una aurora
que arroba ya mi corazón de niño.
¿Por qué he tardado, amiga encantadora,
en darte el corazón? Yo me lo riño.
Mas de amarte a ti sola siempre es hora.

Mientras dice el poema, Milanés acaricia las telas, juega con ellas, las increpa, trata de destruirlas. El Mendigo se las arrebató y se aleja hacia otro espacio.

MENDIGO: (*Como Ximeno*) ¿Qué se ha creído ese loco? ¿No está viendo que es una niña?

CARLOTA: Usted puede darse con un canto en el pecho. Ahora es don José Jacinto Milanés, respetado en todas partes.

MENDIGO: No es más que un vagabundo. He tenido que conseguirle un trabajo y me hace quedar mal. Porque me lo han dicho, que sigue perdiendo el tiempo con sus versitos. (*Grotesco*) “Ay, mi tórtola, mi tortolita”. Mejor me callo.

CARLOTA: En La Habana lo respetan mucho.

MENDIGO: ¿Quiénes? Los que se buscan problemas criticando al gobierno: esa turba de abolicionistas a los que hay que salir a defender a cada rato.

CARLOTA: ¿Y qué quiere para la niña, un duque?

MENDIGO: Un hombre. (*A Milanés*) No un depravado.

CARLOTA: Es una infamia.

MENDIGO: Casi treinta años y todo el mundo sabe lo que hace: se encierra en su cuarto y solo, como los muchachos...

CARLOTA: Usted no tiene ningún derecho a decir esas cosas.

MENDIGO: Les tiene miedo a las mujeres.

CARLOTA: Diga la verdad, la pura verdad: que somos pobres, que no tenemos un real.

MENDIGO: Malagradecidos. Yo les he matado el hambre toda mi vida.

CARLOTA: Quiere venderla. Usted aspira a casarla con un rico.

MENDIGO: No puedo permitir que mi hija, ¡mi hija!, se muera de hambre con un loco que hace versos.

Milanés se adelanta. Comienza a hablar con seguridad; termina en un delirio.

MILANÉS: Yo soy José Jacinto Milanés, poeta. Autor de *El conde Alarcos*, estrenada en el teatro Tacón, elogiada en Madrid. Soy honrado, culto, de una familia intachable. ¿Dónde está mi mancha? Y a ellos, ¿de dónde les viene su linaje? ¿Dónde están los títulos, los castillos y los pergaminos? ¿Qué tienen? Onzas, solo onzas relucientes escondidas en arcas de madera. Sus títulos: onzas. Sus pergaminos: pesos. Y ella me ama. Lo supe mientras le leía un poema. Me sonreía con las mejillas ardiendo de pudor por mi presencia. Pero la han encerrado en el último cuarto para impedir que me vea. Las manos blancas atadas con cuerdas para que no toque las mías que tiemblan. Le han puesto una mordaza para impedir que me llame. Yo lo adivino. Oigo su voz aquí, dentro de mi cabeza está su voz que suplica y grita mi nombre. Oigo cómo grita mi nombre de noche, no puedo dormir, hace noches que no duermo y cuando duermo oigo su voz. Su amor es más fuerte que todas las mordazas, atraviesa los muros y viene hasta mi cuarto. Anoche estuvo vestida de blanco, con un clavel, y se acercó a mi cama. Sin tocarla, sin tocarla. Paseó por mi cuarto, me entregó el clavel, rojo-rojo como la sangre que corría por sus labios, la atormentan, la torturan de noche y la azotan, la atan a las rejas de la ventana y la azotan hasta que sangra y viene a mi cuarto con el vestido blanco manchado. ¿Dónde está mi mancha? Mancha mis sábanas y deja mi cuarto repleto de sangre, la sangre anega mi cuarto, no puedo tocar los libros, están manchados, no puedo coger la pluma, es la pluma de un pájaro muerto, asesinado. ¡Asesinos!

El Mendigo, como Pastora, se acerca con un gran cuchillo y se lo muestra.

MENDIGO: ¡Asesinos, asesinos! Con este cuchillo la degollaron.

MILANÉS: (*Toma el cuchillo y lo mira alucinado*) Vi cuando levantó el cuchillo, lo mantuvo en el aire un instante y lo hundió en el cuello.

MENDIGO: La mesa de la cocina está roja de sangre. Tú y yo somos los encargados de dejarla inmaculada.

MILANÉS: Después la traerán al comedor aderezada con papas y aceitunas. No probaré bocado. No volveré a probar bocado.

MENDIGO: Hay que limpiar.

MILANÉS: La sangre no puede limpiarse, se adhiere a las cosas en coágulos cárdenos.

MENDIGO: No quedará una sola mancha. Quiero que todo sea impoluto y reluzca.

MILANÉS: A mis niñeces volvedme gratas que ya volaron como las nubes.

MENDIGO: Me destrozaré las manos purificándolo todo.

MILANÉS: Es mejor levantar el cuchillo y... *(Busca un lugar en el cuello)* ¡Aquí!

CARLOTA: *(Lo detiene con la palabra. Trata de no asustarlo)* ¡Pepe!

MILANÉS: Carlota, ¿viste cómo se hartaban?
Carlota Papas, comían papas.

MILANÉS: Era carne, vi cuando la degollaron.

CARLOTA: Yo prepararé tus comidas.

MILANÉS: Sin carne, ¿me lo prometes?

CARLOTA: ¿No confías en mí? *(Se acerca y le quita el cuchillo)*.

MILANÉS: Hollemos hoy la solitaria playa. Declina el rojo sol.

MENDIGO: Escondan los cuchillos, todos, escóndanlos, que no vea nunca más un cuchillo, ni un solo cuchillo en la casa, escóndanlos, todos, todos los cuchillos, todos, todos...

MILANÉS: Estoy cansado.

CARLOTA: Tienes que dormir.

MILANÉS: Tengo frío.

El Mendigo, con el torso desnudo como un esclavo, le entrega a Carlota la capa de Milanés.

MENDIGO: ¿Cómo está el niño?

CARLOTA: *(Furiosa, pero sin gritar)* Le duele la cabeza, nada más. Vete. Un negro no tiene que mezclarse en estos asuntos. Trabaja y calla. Al patio, vete al patio, a tu lugar. *(Muy dulce, a Milanés)* Abrígate. *(Lo envuelve en la capa)* La noche está fría.

MILANÉS: No podré dormir nunca más.

CARLOTA: Yo estoy aquí. Dormirás veinte años y yo estaré sentada aquí veinte años *(Toma un bastidor y comienza a bordar)*.

MENDIGO: *(Como El Sereno)* Las diez de la noche de un día de mayo de 1843. Noche muy clara. Hay luna. El Señor nos regala un tiempo espléndido. Todo está en paz.

Llueve: caen goteras y Carlota coloca jarros y palanganas. El Mendigo aparece y le muestra a Milanés una camisa y una banda de lino manchadas de sangre: comienza a ponérsela alrededor de la cabeza. Se oyen pasos militares cada vez más fuertes. Milanés grita: "¡Fuego!"

MENDIGO: Adiós mundo, adiós Cuba, no hay piedad para mí. ¡Fuego aquí! (*Se oyen pasos militares y Milanés repite la orden*) Adiós mundo, adiós Cuba, no hay piedad para mí. ¡Fuego aquí!

Milanés se estremece. Carlota permanece inalterable, bordando. El Mendigo se acerca a Milanés.

Ahora podemos estar juntos y conversar. Hay algo que nos iguala, mi muerte y tu delirio. No sé cómo pudieron darse cuenta de que estabas loco en medio de tanta locura. En fin, todo ha terminado para nosotros.

Pasos militares; Milanés grita: "¡Fuego!"

¡Fuego aquí! (*Silencio*) Es muy simple: sientes el impacto de la bala que penetra, rápido, un golpe inesperado. (*Lírico*) Y entonces el calor casi agradable de la sangre que brota y te va cubriendo, te envuelve y cae al suelo, allí se extiende y el charco crece, crece... (*Rápido*) ¡Ya! (*Se oyen pasos militares*) No, no vuelvas a pensar en eso. (*Ríe*) Para ti es una obsesión, para mí un recuerdo más. ¡Qué extraño! Nos recuerdan haciendo los gestos que no dependieron de nuestra voluntad. Milanés saliendo de la casa en la calle Gelabert gritando "¡Isa, Isa!". Muy dramático. Plácido camino del patíbulo recitando la plegaria (*Muy teatral*).

Sed de inmensa bondad, Dios poderoso.

A vos acudo en mi dolor vehemente

¿Te gusta esa imagen que retienen de nosotros? No. Yo preferiría que me recordaran amando a Gila. O bailando. Simplemente tomándome un vaso de cerveza o comiéndome una tajada de piña. ¡Qué delicia morder la fruta y sentir el jugo que te llena la boca! En esos momentos fui feliz. Es algo que tú te perdiste: las mujeres, el baile, los gallos.

MILANÉS: Desprecio a la gente que goza viendo cómo dos animales se destrozan.

MENDIGO: Odio a la gente que goza azotando a un negro.

MILANÉS: Yo también.

MENDIGO: Lo sé. Por eso puedo hablar contigo. No estoy tan envilecido (*Declama*).

¡Torpe!... que a su pensamiento

siendo libre como el viento
por alto don
le corta el ala, le oculta
y en la cárcel le sepulta
del corazón.

MILANÉS: Perdóname.

MENDIGO: Te perdoné hace tiempo.

MILANÉS: Escribí aquel poema irritado contigo. ¿Cómo podías dedicarle aquellas odas a un político corrompido, cantar el cumpleaños de una niña tonta, ensalzar a un viejo gordo cargado de dinero? Y lo que es más humillante, tú, el poeta, de pie, mientras todos ellos, los mediocres, se hartaban a la mesa del banquete. No puedo entenderlo.

MENDIGO: Es muy simple. Tenía ruidos en la barriga y había que llenarla o el estruendo cubriría la Isla. (*En tono confidencial*) Y podían acusarme de subversivo. Infidencia, es la palabra exacta.

MILANÉS: Yo tampoco era rico.

MENDIGO: Pero eras blanco.

MILANÉS: Había que ser inflexible, no ceder ante la corrupción.

MENDIGO: No, no, Milanés, había que vivir. La Isla entera convidaba a vivir. Tú lo sabes: mucho azul y mucho verde y el aire embalsamado de las madrugadas.

MILANÉS: Vivir con decoro o enloquecer.

MENDIGO: Tú pertenecías al mundo: un mundo blanco.

MILANÉS: En ese mundo blanco yo no pude estudiar, en ese mundo blanco fui rechazado por mis parientes, en ese mundo blanco sentí tanto asco que prefiero mi silencio.

MENDIGO: Pero en ese mundo blanco tú tenías la posibilidad de elegir. Yo no. Yo era rechazado porque mi padre había sido un mulato cuarterón. Y ellos decidían qué yo podía ser: carpintero, peinetero, músico. Los oficios que ellos despreciaban. Tantos prejuicios tenían que rechazaban el arte. De todas maneras, además de peinetero, yo decidí ser poeta. Y ya ves, se la cobraron. No les gustó que yo eligiera. “Qué atrevimiento el de ese mulato que quiere igualarse a nosotros y usar el idioma castellano, blanco, como si fuera el suyo. Y además lo emplea bien, y el pueblo lo admira, lo busca, repite lo que dice. Es demasiado atrevimiento”. Y ese mundo blanco descubrió una conspiración fantástica para aplastar al mundo negro. Y por aquí entró la bala.

- CARLOTA: *(Se acerca agitada con un paquete de cartas)* Voy a romper estas cartas. Ayer registraron en casa de Benigno Gener y se lo llevaron a la cárcel. Busca los libros que te prestó Domingo. Hay que quemarlos *(Registra en una caja y quema papeles)*.
- MILANÉS: ¿Cómo pudiste denunciar a tus amigos?
- MENDIGO: ¿Me crees capaz de esa bajeza? Ellos pusieron en mi boca palabras que nunca dije.
- CARLOTA: No griten. Todo se oye.
- MENDIGO: Extendidas mis manos he jurado ser enemigo eterno del tirano.
- MILANÉS: Ese poema te compromete.
- MENDIGO: Todo nos compromete. El simple hecho de pensar se ha vuelto sospechoso.
- CARLOTA: Han acusado a los Guiteras. ¡Oh Dios! ¿A dónde irá a parar este horror? Y te lo dije, Pepe: no escribas esos poemas.
- MILANÉS: Tengo derecho a expresar lo que pienso. Soy un poeta.
- MENDIGO: ¿Qué derecho? Solo existen la fuerza y el miedo. Y como sospechan de todos acabarán por convertir la ciudad en una cárcel inmensa.
- MILANÉS: Mi ciudad... ¡Ay, manso río! ¿Volveré alguna vez a cruzar tus puentes?
- MENDIGO: Olvida los puentes. No escribimos sobre el látigo y la sangre y somos culpables.
- MILANÉS: No admito esa culpa. Ahí están mis poemas contra la esclavitud.
- MENDIGO: No se publicaron nunca. ¿No ves la sangre que me mancha el pecho?
- MILANÉS: No puedo. Tengo miedo enloquecer.
- CARLOTA: No lo atormente más.
- MENDIGO: ¿Y yo, me trago mi tormento? Necesito contarlo. Me llevaron ante un fiscal estúpido y cruel que me interrogó con una botella de aguardiente en la mano. Habían obligado a los negros a acusarme. Buscaron unos bozales que apenas hablaban español y los hacían repetir los nombres que ellos querían. Amarrados a una escalera y con un látigo desgarrándoles la espalda, los infelices repetían palabras desconocidas sin saber qué significaban. Escribieron mi nombre en una larga lista de nombres sospechosos. Un nombre y otro nombre y otro y otro. Hasta que apareció mi nombre. ¡Plácido! Gritaron los jueces. ¡Plácido! Gritaron los negros. Y empezó el interrogatorio.
- CARLOTA: Todos hemos vivido esa pesadilla.

MENDIGO: No. Ustedes oyeron hablar de la pesadilla. Yo estaba allí, en aquella celda oscura, sin saber cuándo era de día o cuándo caía la noche. ¿Qué día es hoy? Y un golpe me lanza contra las piedras. Todo es una prueba contra mí: los versos que celebraban en otro tiempo, una canción que me gusta; la visita a casa de un amigo se convierte en un crimen. Ni siquiera puedo amar libremente: casarme con una negra demuestra mi racismo. ¡Claro! Ellos tienen el poder y deciden mi crimen. ¿Debo pedir permiso para escoger con quién me acuesto?

MILANÉS: Plácido, ¿estamos solos?

MENDIGO: Solos en la eternidad. Ya nadie nos vigila.

MILANÉS: Entonces, dime, ¿tú eres culpable?

MENDIGO: ¿Se es culpable cuando se odia a quien te oprime?

MILANÉS: Cristo puso la otra mejilla.

MENDIGO: Entonces soy culpable, yo tengo una sola mejilla. Y los odiaré toda mi muerte como los odié toda mi vida. Y a ese hombre que me llevó a cometer actos que yo siempre había despreciado lo esperaré, sí, lo esperaré en la eternidad, ante Dios, para aclarar cuentas. Y mi sombra lo perseguirá. Como un búho mi sombra lo perseguirá a todas partes y apareceré en sus pesadillas, lo miraré con mis ojos de búho y lo haré arrepentirse de este crimen. *(Se oyen pasos militares)* Debía gritar: fuego aquí. Pero no, solo diré adiós y te dejaré en tu silencio. No hables durante veinte años y construye tu leyenda. Tú y yo entraremos en la historia con gestos inconfundibles *(Le besa la frente)*.

El Mendigo se quita la venda de la cabeza y se aleja. Carlota se acerca con la palangana y exprime el paño para las fricciones.

CARLOTA: Yo lavé tu cuerpo como si te hubieran bajado de la cruz. Te enjuagué el sudor y espanté las moscas que te asediaban al mediodía, velé tu sueño noches enteras y busqué en tu mirada un brillo de lucidez durante veinte años. Veinte años atada a tu cama, esperando una palabra que no llegó nunca. ¿Dónde estabas, a dónde escapabas en las noches largas buscando una imagen que no aparecería o apretando los ojos para no ver las sombras atroces que la luna dibujaba en las paredes? Veinte años viví para él y conocí todo su cuerpo, cada parte de su cuerpo que no olvido: sus manos que apretaban las mías durante las convulsiones; las axilas oscuras, donde descubría cómo le subía la fiebre: el pecho, el vientre. Conocía bien sus muslos, y las piernas, cuando las fricciones le aliviaban los dolores. Así era su cuerpo, sin secretos para mí. El cocimiento, el alcohol, las vendas y

los paños fríos; la palangana con el agua tibia y veinte años cambiando sábanas y botando orinales, cerrando cortinas, untando pomadas. Veinte años que han creado la leyenda, embellecida en la imaginación de los que no estaban junto a tu cama cuando gritabas desaforado palabras incoherentes. Para mí también existe una leyenda: la hermana dulce, dedicada a cuidar al poeta y conservar viva su memoria. Pero la leyenda no cuenta los momentos en que tocaba tu pecho para sentir que respirabas, con miedo, y el deseo, inconfesable, de que al fin dejaras de respirar. Si yo pudiera olvidar todas esas noches sólo recordaría los viejos tiempos cuando leíamos juntos un libro que debíamos devolver al día siguiente. ¡Ay! Qué vida estéril. Sin disfrutar el horror del pecado. ¡No, no! Nunca deseé que alguien estrujara mi mano ni acariciara mis pechos. ¡Lo juro! Jamás soñé que me rompían la ropa sobre el cuerpo. ¡Qué ridícula esa leyenda de sacrificios! Presa en un cuarto en sombras vigilando la respiración anhelante de un dios enfermo. Dios, quiero olvidar aquellos momentos en que deseé que sus ojos se quedaran sin brillo. Qué atroz esa palabra definitiva que no quiero pensar. Perdón, perdón. Pagaré mis culpas con otros veinte años de silencio. Pepe, te llevas contigo todo el amor y me dejas el rencor y la culpa por el rencor. Y la ausencia. Viviré sin resignación tu ausencia y no derramaré ni una lágrima. Yo quiero enloquecer veinte años, no saber que existen la luz y la risa y tantas cosas que me perdí. Y entonces poder decir: me siento en paz.

MILANÉS: Carlota, quiero agua.

CARLOTA: Ya voy.

MILANÉS: ¿No ves que tengo sed?

CARLOTA: Voy enseguida (*Le quita la capa*).

El Mendigo se acerca con una escalera y la coloca vertical frente a Milanés.

MILANÉS: ¿Ya?

MENDIGO: ¿Prefieres esperar?

MILANÉS: No. ¿Qué hago si no puedo soportarlo?

MENDIGO: Grita.

MILANÉS: Pensarán que estoy delirando.

MENDIGO: Estás delirando.

MILANÉS: Vamos, vamos ya. Mi vida no ha sido más que una preparación para esta hora (*Extiende los brazos agarrando la escalera, dispuesto a ser azotado*).

El Mendigo se ha transformado en un negro esclavo y se acerca a Milanés con un foete en la mano.

MENDIGO: ¿Por qué escribiste aquellos poemas contra la esclavitud?

MILANÉS: No podía soportar la crueldad de unos hombres contra otros.

MENDIGO: Tú no has probado el látigo. No sabes lo que es crueldad.

MILANÉS: Despiértame la imaginación.

MENDIGO: Vuela, poeta (*Lo azota*).

Milanés carga la escalera y se mueve hacia otro espacio mientras dice el texto siguiente:

MILANÉS: (*En un delirio*) Dies ira, dies illa
Solvat saeculum in favilla:
Teste David cum Sibylla.
Quantus tremor est futurus,
Quando iudex est veturus
Cuncta stricte discussurus:
Tuba, mirum spargens sonum
Per sepulcra regionum,
Coget omnes ante thronum.
Mors stupebit et natura,
Cum resurget creatura,
Judicanti responsura.

El Mendigo, como Domingo del Monte, aparece cerca de Milanés.

MENDIGO: Milanés, no seas impío, es locura y orgullo lo que haces.

MILANÉS: Ah, Domingo, ahora apareces. Te busqué por todas partes, registré todos los rincones y grité tu nombre.

MENDIGO: Estaba lejos.

MILANÉS: Sí, tan lejos que hubiera podido quedarme ronco gritando.

MENDIGO: Me dijeron que tenías accesos de delirio.

MILANÉS: ¿Delirios? Estamos en el círculo más profundo del infierno. Todos me dejaron solo. Necesitaba un amigo y tú te fuiste.

MENDIGO: Tenía que salvar a mi familia.

MILANÉS: Y mientras tu barco se alejaba, la Isla entera se convertía en un cañaveral incendiado y mi ciudad en una ergástula donde los lamentos y la sangre me impedían respirar.

MENDIGO: ¿Y qué podía hacer? Yo estaba más comprometido que tú.

- MILANÉS: Yo me quedé, aterrorizado, pero me quedé. Tú podías irte, tenías medios para vivir en París o Madrid. ¡Ay, Domingo, qué gran pesadilla te perdiste!
- MENDIGO: No iba a quedarme en este país que podía ser reducido a cenizas por una raza salvaje.
- MILANÉS: ¡Raza salvaje! ¿Pero no habíamos hablado de la misión del poeta? Yo cumplí mi misión: escribí sobre el despotismo y la esclavitud. Habíamos dicho que la raza negra era el minero de nuestra mejor poesía. ¿Y ahora es salvaje? No puedo comprender... Todas aquellas lágrimas leyendo la autobiografía de Manzano. Y Manzano está ahora encerrado en una mazmorra sin decir una palabra.
- MENDIGO: Cálmate, Milanés, estás alterado.
- MILANÉS: No. Asqueado. Es muy cómodo incitar a los demás, hablar de sacrificarse por una causa social y después..., ¡adiós, palmas!
- MENDIGO: Eres injusto conmigo.
- MILANÉS: Hay cientos de negros amarrados a una escalera.
- MENDIGO: ¿Y yo qué debo hacer?
- MILANÉS: Estar aquí, aquí. Amarrado a una escalera.
- MENDIGO: ¡Ah, Dios, qué frágil es la mente!
- MILANÉS: Sí, ahora todos dicen que estoy loco. Se asombran de mi mutismo. ¿Qué puedo decir? Nada tiene sentido. Las palabras son chispas, fuegos fatuos, pompas de jabón. Y los amigos, los amigos... Si había que estar por la abolición había que estar hasta el final.
- MENDIGO: Una cosa es estar por la abolición teóricamente, y otra entregar el país al salvajismo. Somos un injerto de español y mandinga, los dos últimos eslabones de la raza humana. ¿Qué podemos esperar? Yo proponía eliminar la trata y propiciar la inmigración blanca para convertir esta Isla en un país civilizado.
- MILANÉS: No, no podemos hablar. Ya no nos entenderemos nunca. Hay algo que nos diferencia.
- MENDIGO: Demasiado idealismo de tu parte, Milanés.
- MILANÉS: Me siento traicionado.
- MENDIGO: Yo nunca propuse una insurrección.
- MILANÉS: Ya no te oigo.
- MENDIGO: Yo seguí luchando por mi país. Desde lejos traté de incitar a los más lúcidos para lograr mejoras.

- MILANÉS: Ya no lo oigo. España está muy lejos. Hemos muerto con un mar por medio.
- MENDIGO: Yo traté de evitar este horror. Para los grandes movimientos sociales hay que estar preparados. Desde un punto de vista humano la esclavitud es una abominación, pero es imposible lograr la emancipación, si previamente... las circunstancias..., es decir..
- MILANÉS: No oigo nada. No oigo. Nada.
- La voz del Mendigo se va convirtiendo en un susurro hasta perderse. El Mendigo vuelve a ser el negro.*
- MENDIGO: Tendrás que oírme. ¿Comprendes por qué encendimos la tea?
- MILANÉS: Yo estaba contra toda la violencia.
- MENDIGO: ¿Y cómo se lucha contra esta violencia? (*Lo azota*).
- MILANÉS: ¡No, no! Hay que encontrar otro camino.
- MENDIGO: El único: ojo por ojo y diente por diente. Muchos murieron en la escalera sin decir una palabra. Me tocó esa muerte. El rencor comiéndome por dentro y los labios apretados para no gritar, mientras otros levantaban el foete sobre sus hermanos. ¡Cobardes!, que se ponen de parte del amo tratando de salvarse.
- MILANÉS: Cállate. Ya soporté el látigo. Tengo derecho al silencio.
- MENDIGO: Tu silencio está lleno de voces: los gritos de los que murieron en la escalera, el clamor de los que huyeron a los campos y se colgaron de los árboles.
- MILANÉS: ¡Isa, Isa!
- MENDIGO: Nada de evasiones.
- MILANÉS: ¿No es hora ya de amor?
- MENDIGO: Enfréntate al látigo.
- MILANÉS: Sueños siempre juzgué mis sensaciones.
- MENDIGO: Mira la escalera tinta en sangre.
- MILANÉS: Me encuentro lejos del puerto sin vela, timón, ni sonda.
- MENDIGO: Los negros condenados se pudren en las cárceles.
- MILANÉS: La gallarda ilusión que toda es aire.
- MENDIGO: Plácido está muerto y enterrado.
- MILANÉS: La blanca quinta entre el montón de palmas.
- MENDIGO: Manzano no escribiré una palabra más. Enmudeció de terror.

MILANÉS: ¡Isa, Isa!

Carlota le seca la cara con el paño y lo sienta en su silla. El Mendigo, como Pastora, se acerca.

MENDIGO: Te lo dije, Pepe. Había que limpiar. Quisiste participar y el mundo no era para nosotros. Ahora estás callado y no puedes hacer nada más que esperar y esperar y esperar. Después el cielo se tomará su venganza y el ciclón azotará la Isla y vendrá la gran sequía y vendrán las plagas y el ganado morirá en los campos y todo se secará y viviremos en el desierto.

MILANÉS: ¿Dónde está Federico?

CARLOTA: Prepara una nueva edición de tus poemas. No descansa.

MILANÉS: Y cuando pase el tiempo, ¿comprenderán lo que sentí por Cuba? Una mezcla de amor y rencor, pero sin abandonarla nunca.

MENDIGO: No te olvidaron. Sembraste la esperanza en los otros y no te olvidaron.

MILANÉS: Hijo de Cuba soy.

Buscando el puerto en noche procelosa
puedo morir en la difícil vía:
mas siempre voy contigo, ¡oh, Cuba hermosa!
y apoyado al timón espero el día.

Se oyen campanadas de duelo. Milanés estará vestido como en los retratos que se conservan, con traje negro.

¡Oye! Las campanas suenan otra vez.

MENDIGO: Alguien recuerda tu muerte.

MILANÉS: Debemos seguir al cortejo.

MENDIGO: No, los poetas no se entierran. Viven cada vez que se abre un libro.

CARLOTA: Ya soy vieja. Lo cuidé día y noche y asistí a su silencio. Un silencio más aterrador que los gritos y el delirio. Ya soy vieja. Viviré el resto de mis años hablando de él, releendo sus poemas. Y así moriré, vieja, muy vieja. Me miro al espejo y no me reconozco. ¿Dónde se perdió aquella Carlota que se ponía un lazo celeste en el escote?

La presencia de Milanés recuerda la imagen que se describe de él en las biografías. El Mendigo le entrega un libro y él adopta una pose de la época. Carlota se coloca detrás de la silla y apoya las manos sobre sus hombros. Quedan estáticos.

MILANÉS: *(Musita)* Tórtola mía, sin estar presa,
hecha a mi cama y hecha a mi mesa...

El Mendigo se pone la capa de Milanés y avanza.

MENDIGO: Ya vuelven otra vez las tardes de oro
del templado Noviembre. Límpido el aire está.
Ya el soplo de los nortes bulliciosos
vivaz discurre sobre loma y llano.
Ya vuelve a Cuba, ¡oh Dios!, el tiempo hermoso,
el tiempo hermoso en que murió mi hermano.

*(Llega hasta un extremo de proscenio donde arde una vela. La apaga.
Grita) ¡Isa, Isa!*

La luz baja lentamente.